



Principios teóricos en la Historia

GENARO CHIC GARCÍA

Ed. Gráficas Sol, Écija , 1990.

Depósito legal: SE-240/90

ISBN: 85-87165-10-9

INDICE

Introducción. 7

Sobre el concepto de Historia como ciencia. 11

Metodología de la investigación histórica. 15

Una hipótesis de trabajo: El sistema estructural de horizontes mentales integrados. 19

El principio de actualidad en la Historia y el concepto de Historia Antigua 47

Las fuentes para el estudio de la Historia denominada Antigua 53

Metodología de la docencia de la Historia denominada Antigua. 61

INTRODUCCIÓN

Durante veinte años, desde que el conocimiento del sistema estructural que F. de Saussure aplicaba a la lingüística se nos ofreció como una vía válida para organizar el mundo del intelecto, hemos venido reflexionando sobre la posibilidad de encontrar un orden definido en ese mundo que se nos presentaba como escasamente lógico y que conocíamos con el nombre de Historia. Nuestros estudios de Filología primero, con profesores como los Dres. Delgado León y Díaz Tejera, y de Historia después con el Dr. Presedo Velo, nos fueron mostrando poco a poco la posibilidad de entrever algún orden en aquel cúmulo de datos que se nos antojaba poco menos que informe. Tuvimos la suerte de encuadrarnos profesionalmente en el campo de investigación y docencia de esa parcela -que hoy nos parece tan falta de un enfoque realista como cualquier otra de las que contemplan los planes de estudio vigentes en nuestras Universidades- que se ha venido denominando como "Historia Antigua", y ello facilitó nuestra labor. El campo cronológico a analizar era tan amplio y tan dispares las culturas consideradas, que la evolución por contacto entre todas ellas nos fue permitiendo hacernos una idea de orden.

Por otro lado el conocimiento a través de lecturas de otras culturas, que cronológicamente caían fuera de nuestro ámbito de dedicación profesional pero que se mostraban tan similares en sus características más esenciales a aquellas otras que sí estudiábamos con mayor detenimiento, nos fueron mostrando la necesidad de prescindir de unos esquemas tan utilitarios como eran aquellos derivados de la división por Edades con los que veníamos funcionando en el ámbito cultural europeo. ¿Era posible considerar a las distintas sociedades no en base a una cronología absoluta, sino de acuerdo con esos grados de evolución que se mostraban tan parecidos, teniendo en cuenta siempre las variables que introducen el hecho geográfico y los contactos entre estadios evolutivos distintos?

El deseo de responder a esta pregunta nos llevó a la necesidad de replantearnos la vida del hombre como animal social desde el principio y a través de un largo camino de evolución en el marco de la Naturaleza circundante. Intentamos respondernos entonces a cómo este animal a cuya especie pertenecemos según el antiguo sistema clasificatorio había actuado en relación al contorno natural circundante; cuál había sido su actitud ante él y cómo, con el progresivo desarrollo de su cerebro, se había ido organizando para sacar el mayor provecho posible a su vida. Indagamos en los escritos de nuestro antiguo pasado, comparamos sus datos con los relativos a otras culturas que parecían ofrecer un cierto paralelismo con aquellas nuestras de ayer en sus sistemas organizativos a nivel social y obtuvimos la impresión de que había una cierta coherencia, que se podía hablar de un cierto sistema lógico en las formas de comportamiento. ¿Por qué no prescindir entonces de la utilización práctica de la Historia -elemento fundamental a nivel ideológico de cualquier comunidad- y proseguir la búsqueda de esas "leyes" de que nos hablaba Childe?

Llevábamos algunos años trabajando en esa línea y recogiendo ideas en forma de notas cuando se nos presentó la necesidad de darles forma para realizar

un proyecto docente e investigador que deberíamos presentar si quieramos mejorar nuestro nivel económico dentro de la escala funcional -y lamentablemente cada vez más burocrática- que ofrece la Universidad española. Fruto de ese voluntario imperativo son las páginas que siguen y que en modo alguno pretenden ser más que una reflexión en voz alta que pueda llegar a una audiencia un poco más amplia que la de nuestros sufridos alumnos; confiamos en que, de la misma manera que éstos enriquecen continuamente con sus sugerencias nuestra visión de la Historia, otras mentes más claras que la nuestra acudan, con su crítica constructiva, a perfeccionar esta herramienta de trabajo que nos hemos ido forjando a lo largo de estos años. Que así sea

SOBRE EL CONCEPTO DE HISTORIA COMO CIENCIA

Señala Alan F. Chalmers¹ que la ciencia se ha constituido en el mito de nuestras sociedades desarrolladas. Y ciertamente no le falta razón. Nuestra sociedad es heredera directa de aquella otra que, a comienzos del I milenio a.C. emprendió el camino de la alfabetización laica de los individuos directamente; que fijó por tanto el conocimiento individual y con ello la crítica del mito colectivo a través del discurso lógico. El *logos* sustituyó al *mythos*, ocupó su lugar como aglutinante en una sociedad de nuevo cuño, más compleja en las relaciones de sus componentes. Pero ese cambio, esa sustitución, no lograría imponerse como principio rector en todos los órdenes de la vida hasta mucho tiempo después. M.I. Finley ha mostrado² con qué dificultad la historia (una de las ciencias derivadas del mito³) se fue abriendo camino en el mundo ilustrado que tenía sus raíces en la *polis*. Realmente no parece que el triunfo del *logos* sea claramente perceptible hasta los siglos XVI-XVIII, cuando los avances en la física mecánica, con el descubrimiento de sus leyes y la consiguiente constitución en un sistema racional, obligaron a la filosofía a revisar el antiguo concepto de materia y pusieron las bases de una nueva mentalidad económica de carácter industrial. A partir de ese momento el conocimiento científico, de carácter positivista, iría alcanzando pleno vigor y afectando a todas las ramas del saber humano; entre ellas a la Historia. Además la extensión de la escritura, que se fue produciendo paralelamente en Europa, dejó cada vez más de manifiesto el carácter social que tenía el conocimiento histórico, su necesidad y las posibilidades que ofrecía su control como medio de dominación ideológica: la Historia terminaría convirtiéndose en un arma de combate en las luchas sociales emprendidas a la sombra de la revolución industrial. Y como la función desarrolla el órgano, la utilización de la Historia determinó la necesidad de conocerla, de precisarla mejor, de darle un carácter "científico", propio de un medio "civilizado"⁴.

De esta manera, el establecimiento de una idea abstracta y general de la Historia, o sea de su concepto, se ha venido convirtiendo en una tarea que ha ocupado e incluso enfrentado con frecuencia a pensadores y filósofos en general. Y dado que para que el conocimiento del concepto histórico pueda ser considerado

¹ *¿Que es la cosa llamada ciencia? Una valoración de la naturaleza y el estatuto de la ciencia y sus métodos*, Madrid, 1982, pp. 5-6.

² "Mito, memoria e historia", en *Uso y abuso de la historia*, Barcelona, 1977, pp. 11-14.

³ Cf. O. Murray, *Grecia Antigua*, Madrid, 1981, p. 96.

⁴ El correspondiente a un *civis*, a un hombre de ciudad, sede fundamental del comercio y de la industria, frente al medio propio del *rusticus*, del hombre del campo, al medio estrictamente agrícola. [La identificación *civitas* = *urbs* se produjo con el Imperio romano. Tanto *civitas* como su equivalente griego *polis* habían perdido prácticamente su significado específicamente "político". Cf. G. Traina, *La tecnica in Grecia e a Roma*, Roma-Bari, 1994, p. 117: Pausanias (10.4.1), hablando del pequeño centro de Panopeo en la Fócide, se burla de su pretensión de llamarse *polis*, ya que se trataba sólo de una aglomeración de «cabañas de montaña en la cresta de un barranco»; según su imagen de ciudad, una *polis*, para poder definirla como tal, debía estar provista no sólo de los principales edificios públicos, sino también de aquellas comodidades técnicas tales como acueductos y fuentes. El hombre civilizado es por tanto el que practica las normas sociales de la *urbanitas*, y no las de la *rusticitas*.]

científico ha de atenerse a una metodología general lógica, la pugna se ha centrado en si la Historia cumple o no los requisitos de una ciencia, o sea si -como señala J.C. Bermejo Barrera⁵- concurren en ella las condiciones de: a) tener un objeto de estudio universal; b) poseer un método homogéneo; y c) basarse en unos principios fundamentales aceptados por todos los especialistas. Superada -sobre todo desde que en 1927 W. Heisenberg formuló el principio de incertidumbre o indeterminación en la Física- la época en que se confundía el carácter científico de determinados conocimientos con la posibilidad de expresarlos en lenguaje matemático, las opiniones de los estudiosos de la Historia siguen oscilando no obstante entre aquellos que niegan su validez como ciencia y aquellos que se inclinan a una plena aceptación de este carácter, aunque aún no vean muy seguro el establecimiento de esos principios fundamentales antes aludidos⁶. Entre estos últimos, una definición bastante aceptada en la actualidad podría ser la que nos ofrece G. Pereira⁷: "La Historia es una ciencia que trata de las sociedades humanas, del cambio, y, sobre todo, de la lógica del cambio...las investigaciones de aspectos particulares muy concretos no tienen un objeto particular y concreto en sí mismo, sino que se articulan para constituir el cúmulo de conocimientos que es el objeto total, «mayor», de la Historia como una ciencia social".

Así pues, si admitimos el carácter científico de la Historia, parece también necesario aceptar que el objeto de la misma es el pasado del ser humano en su dimensión de animal social⁸ y en sus coordenadas espacio-temporales. Evidentemente habrá que entender que trata del Hombre en general, no de este o aquel sector concreto (espacial y/o temporal) de la Humanidad, aunque el carácter de las fuentes de investigación de que disponemos en la actualidad puede limitar un conocimiento concreto en muchos puntos. Queremos decir con ello que una teoría general del conocimiento histórico, para que sea éste científico, ha de ir más allá del carácter limitado de los elementos sujetos a análisis, aunque desde luego ha de comprenderlos a todos, no ha de ser excluyente. Eso exige, por supuesto, superar todo tipo de prejuicio racial y admitir, como ha establecido la Psicología, que existe una identidad básica de la estructura mental humana en todas las ramas de nuestra especie, y que se dan principios similares operantes en todo tipo de comunidad, como muestra la Sociología⁹.

Partiremos, pues, de esa hipótesis de trabajo e intentaremos comprobar su efectividad.

⁵ *Psicoanálisis del conocimiento histórico*, Madrid, 1983, p. 111.

⁶ Véase V. Gordon Childe, *Teoría de la Historia*, Buenos Aires, 1981, pp. 11-14.

⁷ "Alguns problemes de la investigació en Història Antiga", *Fonaments, (Prehistoria i Mon Antic als Països Catalans)*, I, 1973, p. 46.

⁸ E.H. Carr, *¿Qué es historia?*, Barcelona, 1973 (3ª ed.), p. 64.

⁹ Véase M.I. Finley, "Antropología y estudios clásicos", en *Uso y abuso de la historia*, Barcelona, 1977, p. 172.

METODOLOGIA DE LA INVESTIGACION HISTORICA

Antes que nada debemos de tener presentes las características peculiares del hecho histórico, que es por principio irreversible e inexperimentable, aunque sí es desde luego contrastable. Con esta consideración general en la mente, entendemos no obstante que se pueden aplicar a la Historia las fases esenciales de cualquier método de investigación científica; a saber:

1º, el encuentro de un problema, surgido de la contemplación y la confrontación de las diversas fuentes (a las que luego haremos alusión).

2º, el enunciado de una hipótesis susceptible de desenredar, es decir, de explicar las dificultades por resolver.

3º, la crítica y contraste de las distintas fuentes a la luz de la nueva hipótesis.

4º, y en el caso de que la hipótesis se muestre válida, su integración a la situación de partida con la revisión consiguiente del campo de conocimiento histórico en cuestión¹⁰.

Contamos por supuesto, como siempre, con la imperfección de la herramienta fundamental del conocimiento, que es la mente humana, y por supuesto con el hecho de que ésta se encuentra "contaminada" con una serie de intereses concretos derivados del marco social en el que el historiador desarrolla su actividad. Esto es inevitable y perceptible en cualquier actividad científica¹¹ y no podía serlo menos en el caso de la Historia, que toca de lleno el campo de las ideologías que dan consistencia a las sociedades. Incluso admitiendo la inalcanzable asepsia del historiador, resulta imposible lograr el conocimiento pleno del objeto histórico, debido a las transformaciones incontrolables que los procedimientos de observación crean en él al no poder tener presentes todos los elementos del mismo¹². De hecho entendemos que, como dice Ferrater Mora¹³, "nada ocurre en el mundo -cuando menos en el «mundo material»- que no esté sujeto a leyes. Pero las leyes explican los modos como tienen lugar hechos que se van extendiendo a lo largo de un tiempo

¹⁰ J. Dalbanne y P. Tardi, art. "ciencia" en *Gran Enciclopedia Larousse*, Barcelona, 1973.

¹¹ A cada situación histórica, a cada nivel de pensamiento, como luego veremos, corresponde una teoría científica determinada. Véase T.S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, 1981. Respecto a la Historia véase la exposición del mismo concepto en M. de Certeau, "La operación histórica", *Hacer la Historia*, I, 2ª ed., Barcelona, 1985, pp. 24-25.

¹² "Me parece improbable -caso de que fuese deseable- que jamás se escriba una «historia total» satisfactoria, sea de una comunidad humana, o bien de una disciplina humanística o científica. Y sería, desde luego, absurdo -caso de que fuese posible- duplicar la historia al modo del famoso ejemplo del país que se hace servir como mapa de sí mismo. Pero una vez reconocido esto, el buen historiador no dejará de presentar excusas por lo mucho que «no» puede incluir en su historia". J. Ferrater Mora, "La Tierra y el tiempo", reseña a la obra de S.J. Gould, *Time's Arrow. Time's Cycle: Myth and Metaphor in the Discovery of Geological Time*, Londres, 1987, en *Saber leer*, Marzo, 1988, nº 13, p. 3. El ejemplo utilizado pertenece al cuento de J.L. Borges "El cartógrafo del emperador".

¹³ *Loc. cit.*

que no se repetirá jamás".

Ciertamente, la imposibilidad física de abarcar la esencia plena del objeto no debe suprimir el deseo de hacerlo. Si uno no puede, por ejemplo, abarcar de forma plena la esencia del Universo no por ello debe prescindir de llevar su conocimiento hasta el límite de lo que la razón en ese momento le permita, y dejar, más allá, la puerta abierta al deseo de conocer. La actitud puede resultar incómoda, en cuanto que priva de unos límites muy precisos y "definitivos"; en cuanto que no permite conocer la Verdad absoluta; pero la hermosura del deseo de conocer puede compensar la angustia causada por el mismo fenómeno.

Señalamos esto porque entendemos que, pese a las dificultades, el investigador de la Historia que pretenda realizar una labor científica ha de procurar fijar los hechos en la medida de lo posible para su estudio, aunque no lo consiga de forma en absoluto plena. Si no es así la Historia difícilmente podrá seguir su camino (lógico) de diferenciación respecto al mito. Ese deseo de objetividad puede producirse, por un impulso de la voluntad del investigador, incluso considerando que éste no es un ser ajeno a su entorno y que está influido por sus circunstancias. Desde luego esa actitud no anula aquella otra en que el historiador, teniendo el arma de un mejor conocimiento, decide aplicarla para conseguir unos fines particulares o de clase concretos, de la misma manera que, por ejemplo, un físico nuclear puede trabajar en la aplicación de sus conocimientos teóricos a una actividad práctica -constructiva o destructiva- en el marco social en que se desenvuelve.

Evidentemente, para fijar un hecho histórico hay que establecer previamente el valor de las fuentes disponibles para el conocimiento del mismo. La crítica erudita se impone, y en esa labor el historiador, gracias a la progresiva especialización que se va dando en el marco de las sociedades industrializadas (o económicamente avanzadas), puede contar con el auxilio que en dicho sentido le pueden prestar paleógrafos, literatos, filólogos, arqueólogos, numismáticos, botánicos, etc., a los que más adelante haremos una referencia especial al hablar de aquella porción de fuentes que vamos fundamentalmente a emplear en la parcela histórica que, metodológicamente, hemos de limitar para nuestro estudio. Adelantamos simplemente que esta crítica de las fuentes, propia de épocas en que el pasado se valora especialmente -como la llamada helenística o la nuestra- presta una magnífica ayuda para la precisión de los conceptos históricos.

Por supuesto, al historiador no le basta con que se fije la autenticidad de un dato, sino que ha de preocuparse de manera particular por su veracidad. Esa labor corresponde ya en puridad al propio especialista de la Historia y constituye con frecuencia la tarea más ardua con que se suele enfrentar, hasta el punto de que casi nunca tenemos absoluta certeza de haberla alcanzado. No olvidemos que los documentos que utilizamos son en buena medida humanos y que como tales, en particular cuando son documentos escritos, corresponden a personas que se ven o se vieron sometidas a las mismas o mayores presiones sociales que las que afectan al historiador, con la particularidad de que en la inmensa mayoría de los casos miraban más a la conveniencia particular que a sentar principios válidos por su diafanidad para la Historia. Como dice J. Chesneau¹⁴, quien fija un dato por escrito está normalmente más preocupado por el fisco que por la Historia, y así vemos por

¹⁴ *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, Madrid, 1984 (6ª ed.), p. 78.

ejemplo cómo los datos registrados (sean contables o estadísticos) por la administración pública y por las empresas privadas normalmente son verdaderos sólo de modo parcial; que la fe pública real no sigue estrictamente a los registros de los notarios, etc. Y si esto es constatable (aunque normalmente no estrictamente cuantificable) en los datos producidos por nuestro entorno cotidiano, es excusable pensar que no debió de ser muy de otro modo -aunque a otros niveles si se quiere- en épocas pretéritas. Sabido es, por otro lado, que cuando una narración tiene voluntad de trascendencia es normal y natural encontrar en ella una carga ideológica que el historiador puede detectar en líneas generales, pero que es muy difícil que permita descubrir hasta qué punto está afectando al orden o a la propia veracidad intrínseca de los datos que suministra.

Insistimos por ello en la idea de que es difícil obtener la absoluta certeza en el estudio histórico, pero que ello no tiene por qué privarla de su consideración de saber científico. El cálculo de probabilidades se impone como medio de aproximación a la realidad histórica (como a cualquier otra) y la mayor veracidad ha de buscarse en la progresividad de los enfoques, bien parciales o globales (derivados de aquellos, como labor de síntesis).

UNA HIPOTESIS DE TRABAJO: EL SISTEMA ESTRUCTURAL DE HORIZONTES MENTALES INTEGRADOS.

Hemos dicho con anterioridad que partimos de la base de que la Historia tiene como objeto al hombre en su dimensión social. O sea, al hombre como ser que desarrolla su vida en un marco de relaciones con otros miembros de su especie que normalmente es estable, aunque lleno de tensión entre el individuo y el grupo que lo engloba y que le permite desarrollarse como tal individuo.

Para entender a la sociedad hemos de entender a los elementos que la componen, en este caso a los hombres, al ser humano, que no es sino un elemento más de la naturaleza y que tiende, como cualquier otro, a la preservación de su identidad. Pese a ello, a esta tendencia a la individualidad, o quizás precisamente por ello, el hombre ha desarrollado, para sobrevivir, unas formas de comportamiento social que le hacen entrar en una relación dialéctica con el medio en que se desarrolla.

Aunque resulte obvio, no queremos dejar de subrayar que ese principio de identidad es fundamental en la naturaleza. Desde lo más pequeño (el mundo de los quarks que integran los protones y neutrones de los átomos) hasta lo más grande de momento conocido por nosotros (las galaxias y su relación en el cosmos) todos los elementos se mantienen en tensión definitoria entre sí. Hay siempre elementos distintos entre sí, afectados por fuerzas centrífugas y centrípetas que mantienen la tensión tanto entre las partículas más elementales como en el interior de los conjuntos que esas partículas elementales van integrando para formar unidades mayores, que a su vez *viven* en un estado de tensión similar, y así sucesivamente. Y es interesante observar que la inestabilidad observable puede llevar a un cambio de orden de los entes individuales, pero no al desorden, a la falta de definición absoluta.

El hombre, elemento de la naturaleza, parece seguir en sus relaciones sociales los principios señalados para aquella: tiende a conservar su identidad aún cuando se integre en un grupo (en principio de carácter natural) por razones de preservación de esa propia seguridad personal (lactancia, reproducción, búsqueda del alimento). El ego en realidad encuentra su consolidación en el grupo.

Ese mismo principio egoísta es el que lleva a buscar la preservación del grupo en que un humano se encuentra integrado, con lo que se crea una tensión entre la tendencia expansiva del propio grupo (a la búsqueda de mayor seguridad -como podemos ver, por ejemplo, en el caso de la Roma tempranorrepública-) y la necesidad de conservar la identidad, del grupo y del individuo en él integrado. De ahí la búsqueda de un equilibrio, que tiende a ser inestable, entre las fuerzas centrípetas y centrífugas que rigen un marco de convivencia humano; y de ahí que, en progresivas ampliaciones del marco de referencia colectivo (por ejemplo clan-*polis*-Estado nacional amplio), el individuo se encuentre más seguro en los momentos (que venimos denominando clásicos) en que se produce un mayor equilibrio entre los elementos integrantes de una comunidad, en sus distintos niveles de integración en los grupos, y cuando por lo tanto el nivel general de referencia o marco de la convivencia de la comunidad es sentido o considerado como más estable.

Desde esta perspectiva es fácil comprender que el estudio de las guerras sea importante para la historia de las sociedades humanas, pequeñas o grandes, que podemos definir como cerradas o "nacionales" y que tienden a mostrar su identidad "frente a" otros. La guerra es tensión, y la tensión aclara, precisa los límites de una comunidad frente a otra (nos referimos fundamentalmente, por supuesto, a los límites mentales que marcan la identidad del grupo)¹⁵. La tensión exterior ayuda a mantener la coherencia interior, el principio de identidad de la colectividad, aunque en ocasiones, cuando se produce la anexión o sometimiento de otros elementos o colectividades, puede estar abriendo al mismo tiempo la puerta a futuras ampliaciones -con frecuencia no queridas como tales en principio- de la propia entidad nacional. De esta manera la guerra, que tiende a mantener indiviso el ser de la comunidad, puede favorecer el paso de ésta de un nivel de estructura a otro superior, con debilitamiento progresivo de los grupos integrados, que en otro tiempo procuraban su propia independencia (véase gráfico). A medida que el horizonte mental o de referencia de una comunidad se va ampliando y fortaleciendo, tienden a ir cayendo, o al menos a ir debilitándose de forma progresiva hacia el interior, las barreras mentales que definían y protegían a los distintos niveles de grupos integrados¹⁶. Así por ejemplo, el papel de los clanes, que tan importante fue en la sociedad romana primitiva, se fue diluyendo conforme se fue afirmando la ciudad-estado como forma de organización política, habiendo prácticamente desaparecido cuando el Imperio se estableció como una unidad administrativa bien definida. No obstante, el nivel de integración interna en todos los aspectos de la convivencia no suele ser tan rápido como es en ocasiones la expansión (vuelvo a insistir en que hablamos de complejidad de relaciones, no de expansión territorial, que puede darse también, pero no necesariamente¹⁷). Por ello, previa a la consolidación de niveles de convivencia más amplios ya alcanzados, pueden y suelen mostrarse tensiones o luchas internas entre grupos integrados¹⁸, que pueden llegar a la ruptura de la

¹⁵ Este tema fue planteado, aunque no plenamente desarrollado por los prejuicios románticoanarquistas del autor, por P. Clastres en el trabajo "Arqueología de la violencia: la guerra en la sociedad primitiva", recogido en *Investigaciones en antropología política*, Barcelona, 1981, pp. 181-216.

¹⁶ Una imagen gráfica, a nivel no mental sino físico, la podemos encontrar en los reinos medievales hispanos: en los lugares donde la lucha que marca la conquista tiene mayor probabilidad de darse, o sea en las fronteras, el sistema de defensas es normalmente más fuerte que en las regiones -en otro tiempo también fronterizas- que van quedando en una zona interior, donde es posible ir aligerando progresivamente el estado de alerta al ritmo que decrece la tensión en la región.

¹⁷ Así, por ejemplo, España tiene mayor cohesión interna que el Imperio romano.

¹⁸ Véase M.I. Finley, "Los antiguos griegos y su nación", en *Uso y abuso de la historia*, p. 202: "Una vez que los griegos dieron el paso, sorprendente e inaudito, de incorporar dentro de la comunidad política a cuantos hombres libres existían en ella, campesinos, marineros y artesanos tanto como a terratenientes aristócratas y notables guerreros, abrieron con esto una permanente puerta a la *stasis* [discordia interna]". Sobre grupos de población sometidos y su lucha por la integración en un grupo político homogéneo, puede verse el interesante trabajo de Cl. Mossé, "Les dépendants paysans dans le monde grec à l'époque archaïque et classique", *Terre et paysans dépendants dans les sociétés antiques*, París, 1979, pp. 85-97. Sobre los aspectos religiosos de esta integración, vd. P. Lévêque, "Le controle idéologique des citoyens

unidad alcanzada pero que con la mayor frecuencia lo que suelen producir es una reestructuración interna que da mayor solidez al nuevo edificio social. Estos conflictos internos pueden tener diversos orígenes, según sean los factores de convivencia (políticos, religiosos, socioeconómicos, etc.) que se encuentren alterados por un desigual desarrollo.

Es interesante observar cómo la tendencia al universalismo que hoy contemplamos -surgida posiblemente en el marco de la economía que solemos denominar capitalista¹⁹, pero que tiende a ampliarse al mundo de las ideas y con ellas al de la política- es lo que va dando paso a un cierto "pacifismo" de perfil exterior, por progresivo agotamiento de la idea de adversario ante la necesidad de interdependencia, que va borrando la oposición que sirve para precisar la propia identidad. El proceso es -y presumiblemente seguirá siendo- lento, pero claramente perceptible en los centros de mayor desarrollo económico y mental europeos. El choque con los límites naturales de supervivencia que supone la utilización de la nueva tecnología armamentística, junto con el sometimiento de facto a una potencia exterior, que obliga a la unión, han llevado a los antiguos países europeo-occidentales (al menos) al desarrollo de un pacifismo "comunitario" que no hace sino constatar un estado de cosas: España, por ejemplo, "no necesita" defenderse militarmente frente a Francia porque un ataque de ese vecino parece impensable. En cuanto al exterior inmediato "no comunitario", la ausencia de un potencial bélico importante en nuestras proximidades (o al menos la creencia de tal) favorece el mantenimiento de las ideas pacifistas con un carácter más general, aunque poco consistente, que tiende a ser favorecido por los grupos dominantes de carácter internacionalista como una forma de favorecer su dominación a nivel "nacional". La tensión aun se mantenía recientemente entre los dos bloques de economía capitalista desarrollada enfrentados por la forma de entender la propiedad (liberal o comunista), pero en todo caso el miedo ante la imposibilidad de destruir al adversario sin acarrear la propia destrucción, hace que se evite el choque bélico abierto entre las grandes potencias y marca en la práctica un nuevo nivel de integración -relativamente alejado del techo de vida de nuestra generación- a nivel planetario.

Este presunto nivel "planetario" parece constituir el límite máximo que se ofrece de momento a la contemplación del hombre. Pero lógicamente para llegar a ese nivel se ha debido superar un largo proceso que unas comunidades han ido recorriendo antes que otras (algunas se encontrarían aún en fases iniciales), con frecuentes aceleraciones derivadas del contacto que a veces se produce entre ellas.

Para plantear un esquema histórico coherente ya hemos señalado que tenemos que partir de la consideración del ser humano como un elemento más de la naturaleza a nivel individual. Obviamente carecemos de datos históricos para esa

dans la cité grecque archaïque", *Forms of control and subordination in Antiquity*, Leiden, 1988, pp. 589-591.

¹⁹ Expuesta con claridad por K. Marx en el "Manifiesto comunista". Véase J. Chesneaux, *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, pp. 120, 122 y 130. Por nuestra parte no estimamos que el "capitalismo" naciera hacia el siglo XVI, sino que hacia esa época comenzó a mostrarse como una tendencia rápidamente predominante en el campo de las economías nacionales europeas. Véase nuestra definición más abajo.

consideración y para otras un poco más complejas (hordas, comunidades paleolíticas). Incluso la Antropología, que tan gran ayuda presta al historiador, resulta poco útil ante la total ausencia de testimonios de vida a estos niveles o lo poco fiable de los datos que parecen apuntar en tal dirección. No obstante entendemos, como hace S. Amin²⁰, que es lícito plantear unos esquemas lógicos a posteriori, en base a los datos primeros conocidos y su línea de evolución posterior, que nos permitan integrar en unos esquemas unitarios la vida del hombre en su desarrollo sobre la Tierra. Esos esquemas no entran muchas veces en el marco de lo que solemos denominar Historia (como mucho entrarían en el de la Etnohistoria), pero entendemos que pueden ser válidos como hipótesis de trabajo para intentar una mejor comprensión²¹.

El nivel mínimo de relación vendría determinado de forma natural por un factor biológico: el humano es un animal de crecimiento lento, con una lactancia de aproximadamente dos años (época de dentición primaria) y tarda madurez, por lo que no parece anormal la acumulación de crías en una horda. En este marco no debe ser raro que surja la colaboración entre individuos, lo que puede facilitar determinadas actividades primarias, como por ejemplo la caza. No habría en este estadio, al que Samir Amin denomina de "comunismo primitivo"²², especialización "laboral" ninguna, viniendo marcadas las únicas distinciones en todo caso por el sexo -que hace a la hembra de cría más lenta y mejor adaptada por tanto a actividades menores, como la recolección y la preparación de derivados de la caza²³- y la edad, que hace a los miembros más jóvenes -como en cierto modo a las mujeres- dependientes de los machos adultos.

Haciendo un inciso, podemos señalar que será precisamente esta "debilidad" social de la mujer, que le hace permanecer más estable y en contacto con las plantas cercanas al lugar de refugio, lo que posibilite el progresivo conocimiento del ciclo biológico y las propiedades de las plantas así como su posterior aprovechamiento entre algunos grupos, que se van transformando -al menos parcialmente- en agricultores. En este como en otros casos la consideración social de la mujer irá ligada a su valoración económica (con el factor corrector de la tradición, que ralentiza los efectos de dicha valoración).

Al alcanzar los individuos de una horda un nivel adulto y el número de elementos hacerse lo suficientemente grande para crear tensiones, derivadas de la satisfacción de las necesidades alimenticias y sexuales, el grupo puede dividirse y repartirse el control de una comarca. Las relaciones entre éstos y posteriores grupos, derivadas de factores materiales relacionados con el control del territorio y

²⁰ *Clases y naciones en el materialismo histórico*, Barcelona, 1979, p.10. Recogido por P. Pagés, *Introducción a la Historia. Epistemología, teoría y problemas de método en los estudios históricos*, Barcelona, 1985, p. 289.

²¹ J. Chesneaux, *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, pp. 196-197.

²² *Loc. cit.*

²³ División sexual del trabajo que sólo ha comenzado a superarse con el advenimiento de la sociedad industrial. Véase, por ejemplo, hasta qué punto Jenofonte la considera lógica cuando habla de ella en el *Oeconomicus*, VII, 10 ss.

de las hembras, debían ser relativamente frecuentes. De hecho la territorialidad puede llevar a una mayor cohesión interna del grupo basado en las relaciones de sangre, y a una jerarquización mayor de los elementos del mismo: sería el primer efecto cohesionador de la tensión externa.

Llegaríamos así a un tipo de comunidades que sí es posible estudiar, tanto histórica como antropológicamente, y que S.Amin²⁴ ha denominado "sociedades comunitarias" (frente al comunismo primitivo anterior). Para este investigador franco-egipcio el horizonte cultural (o mental) de estas comunidades sería reconocible desde el punto de vista económico por las siguientes características:

1) la organización del trabajo, en parte sobre una base individual (la de la "gran familia" del clan, de la aldea), en que el medio de trabajo esencial, la tierra, era propiedad colectiva del clan, con uso libre para todos sus miembros, pero a partir de unas reglas precisas (utilización de parcelas distribuidas a las familias, etc.).

2) la ausencia de intercambios mercantiles y

3) la distribución del producto dentro de la colectividad según unas reglas íntimamente relacionadas con la organización del parentesco²⁵.

La coexistencia implica, como hemos señalado, tensión entre los grupos que pretenden conservar su identidad. Como señala P. Clastres²⁶, la continua presencia de la potencialidad de la guerra lleva a unos grupos a la alianza con otros frente a un tercero. Dicha alianza comporta normalmente el intercambio de regalos (embrión del comercio aunque sin predominio aún del factor económico directo), y entre ellos el bien máspreciado lo suele constituir la mujer²⁷, que puede proporcionar nuevas crías que fortalezcan el grupo y que constituye de esta manera un lazo en las relaciones sanguíneas entre los grupos provisionalmente aliados, que se convierten de alguna forma en "cuñados". Dejando al margen consideraciones biosíquicas, lo cierto es que el resultado de estos intercambios parece haber determinado que entre los tabúes más antiguos y más extendidos encontremos en todas las civilizaciones el del incesto. El sexo, elemento base en muchas disputas (es frecuente en sociedades antiguas el rapto de mujeres de grupos rivales), se puede convertir así en un medio de acercamiento entre grupos.

El debilitamiento progresivo de los límites de los grupos (véase el esquema gráfico imaginario), comenzando por el más elemental o familiar, permite la progresiva integración de un nivel de estructura en otro superior, más "artificial" y menos comprensible en el nivel "natural" de la pura animalidad humana. Curiosamente, sin embargo, la mayor interrelación (y, en un cierto grado, interdependencia) entre los elementos de los grupos integrados en uno superior, favorece el desarrollo del individualismo²⁸. El marco de la "libertad" se ensancha, en cuanto que se ensancha el marco de referencia del grupo. Con todo, hay que dejar bien claro que no cambia el sentido de la "libertad" (entendida como la capacidad de

²⁴ *El desarrollo desigual. Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico*, Barcelona, 1974, p. 12.

²⁵ Recogido por P. Pagés, *Op.cit.*, p. 289.

²⁶ "Arqueología de la violencia", pp. 206-211.

²⁷ Recuérdese la correspondencia de el-Amarna, con las relaciones egipcio-babilónicas.

moverse con seguridad en el marco de referencia) sino sólo, como decimos su marco de referencia. Así pues, el hombre puede sentirse libre tanto en el marco de una comunidad de límites mentales organizativos reducidos como en otra de límites más amplios. Un ejemplo de ello lo podemos encontrar -en el mismo ámbito de nuestra civilización- en el estudio de la lingüística. En esta línea, E. Benveniste, en su estudio del *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas* (Madrid, 1983, pp. 208-215) ha mostrado que la antigua palabra latina *liber*, raíz del vocablo castellano "libre", servía tanto para designar al "hijo" nacido en el marco de los elementos dominantes (constituyentes propiamente dichos de la comunidad, o sea entre los "libres"), cuanto al dios-cepa *Liber*. En realidad no se trata de una polisemia y menos aún el hecho encierra un contrasentido: se es libre porque está uno integrado a través del nacimiento en una cepa o linaje. Los que están al margen de una entidad gentilicia o familiar no pueden ser considerados con el mismo grado de "libertad". Libertad que, en este caso, sólo se encuentra en el marco estrecho de esa convivencia en un grupo no demasiado extenso, que tiene conciencia de sí mismo y mantiene su principio de identidad²⁹. Curiosamente la interdependencia económica en ese marco no suele ser muy grande, pues el principio de individualización autárquica impregna fuertemente a las células familiares que integran una comunidad gentilicia o antigua. En cambio, en un marco amplio de convivencia, como es éste en que ahora nosotros nos encontramos integrados, el individuo se encuentra mucho más "suelto" -solemos decir que más "libre"- dentro de los límites de referencia, de carácter "nacional" extenso, en que se mueve y se siente protegido. Y sin embargo, la especialización a nivel económico (para someter mejor a la Naturaleza), que ha hecho posible en buena medida esa ampliación de límites de referencia social, fuerza a los individuos a una mayor interdependencia dentro del sistema de relaciones en que se mueven. Parece, pues, claro, que el concepto de "libertad" es relativo al horizonte mental en que un individuo se encuentra integrado.

El principio de supervivencia en un medio natural y la búsqueda de seguridad en este marco parece ser pues lo que lleva al humano a organizar su convivencia con otros congéneres. Luchará con la naturaleza con vistas a extraerle el mayor provecho posible, pero durante bastante tiempo tendrá un respetuoso temor a transgredir las leyes que parecen regirla³⁰. Las leyendas "paradisíacas", con el mito

²⁸ Un buen ejemplo de ello lo encontramos en el concepto griego de "alma", cuya evolución hacia una concepción individualizada ha sido estudiada por J. Bremmer, *The early greek concept of the soul*, Princeton, 1983. Véase la exposición resumida que ofrece en p. 124.

²⁹ Sobre esta conciencia de grupo dominando sobre la conciencia individual puede verse, en un análisis antropológico, el libro *Alma primitiva*, de L. Levy-Bruhl, Madrid, 1985 (aparecido por vez primera en 1927).

³⁰ Es interesante observar que en este primer estadio siempre se considera que la "ley marco" de la convivencia viene impuesta a la sociedad desde fuera, desde el ámbito de "lo divino". Será en cambio con el desarrollo de la vida interdependiente entre distintas comunidades y la ruptura del "marco natural" de convivencia (superación de la autarquía) cuando comience a desarrollarse la idea de una "ley humana" entendida como pura convención y alterable por tanto a voluntad de los miembros de la comunidad que la establece. Véase, para la Atenas llamada "clásica", el conflicto entre *θεμος* y *νομος* en G. Glotz, *La ciudad griega*, México, 1957, pp. 114-118. Cf. K. Polanyi, "Aristóteles descubre la economía", en *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Barcelona, 1976, pp. 115-117: oposición *status / contractus* y triunfo definitivo de éste en el siglo XIX.

del castigo que puede caer sobre el hombre que quiere saber demasiado, que quiere poder manejar a la naturaleza en competencia con los seres divinos que la rigen, entendemos que son ilustrativas de este estado de ánimo entre algunas sociedades próximo-orientales; mientras que por otro lado, en un mundo en que el razonamiento lógico ha ido desplazando al mito como principio rector de la convivencia, encontramos las palabras de un Aristóteles que, pese a funcionar mentalmente en términos de universalidad, defiende "que el límite perfecto de la *polis* consiste en la mayor población que pueda ser para la autosuficiencia de la vida, y tal que pueda ser objeto de una visión sintética"³¹, pues lo contrario iría contra la naturaleza ($\pi\alpha\rho\alpha$ φυσιν) ya que "un número demasiado excesivo no puede participar del orden: esto sería obra de la divina potencia que mantiene unido incluso a todo el universo". No parecía natural que el hombre no controlase su entorno *directamente* y sin dejar de ser autárquico³², y por ello, en esas circunstancias, la técnica necesaria para cambiar claramente las relaciones del hombre con la naturaleza, y en consecuencia con sus semejantes, difícilmente podían prosperar³³. Bien es verdad que hacia la época en que Aristóteles redactaba su obra los estrechos límites de la *polis* se iban haciendo permeables y que sobre la propia tierra griega manifestaba su poderío una de aquellas "divinas potencias" (su discípulo Alejandro, que no por casualidad exigiría tratamiento divino a las *poleis*) que aspirarían a mantener políticamente unido a todo el universo³⁴. Pero aunque en el plano político el triunfo de las ideas "universalistas fue bastante claro³⁵, sobre todo con Roma, lo cierto es que a niveles morales el campo económico se vio muy constreñido, sin superar apenas los límites de las sociedades de base distributiva del Próximo Oriente. Y ese componente ético del pensamiento había de impedir con fuerza -repetimos- un cambio de actitud ante la

³¹ *Política*, VII, 4, 1326 a.

³² *Política*, I, 3, 1257 a-b.

³³ Véase C. Préaux, *El mundo helenístico. Grecia y Oriente (323-146 a.C.)*, Barcelona, 1984, pp. 403-404 y 445-446. También J. Caro Baroja, *La aurora del pensamiento antropológico*, Madrid, 1983, pp. 121-122, sobre la oposición naturalismo / artificialismo en este contexto. La única forma de "expansión económica" que concebía el hombre "antiguo" era la depredación del vecino, tanto a nivel interno como externo de la comunidad. Cfr. Platón, *Resp.* 373 d.

³⁴ Confróntese Isócrates, *A Nicocles*, 5: "Todo el mundo tiene por iguales a los dioses a quienes ejercen el poder monárquico"; o el himno ateniense, conservado por Duris de Samos, que exalta la divinidad viva de Demetrio Poliorcetes (Jacoby, *Die Fragmente der griechischen Historiker*, II, A, nº 13, pp. 141-142).

³⁵ Es interesante el caso de Diógenes de Sínope (C. Préaux, *El mundo helenístico. Grecia y Oriente (323-146 a.C.)*, pp. 391-392), a quien su racionalidad universalista le lleva a rechazar incluso el nivel de convivencia en *polis* por entender que "la civilización multiplica las necesidades humanas, aleja al hombre de la naturaleza y es fuente de innumerables males". A. Barigazzi, "Características culturales del siglo IV", en R. Bianchi Bandinelli (ed.), *Historia y civilización de los Griegos*, vol. V, Barcelona, 1981, p. 32. Puede verse una consideración sobre el origen de esta contradicción en G. Glotz, *La ciudad griega*, p. 262. Confróntese M.I. Finley, "Los antiguos griegos y su nación", en *Uso y abuso de la historia*, Barcelona, 1977, p. 205, y sobre la misma actitud en la actualidad, J. Chesneaux, *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, p.139. Cf. F. Engels, *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*, Madrid, 1974.

naturaleza durante mucho tiempo, prácticamente hasta el Renacimiento, no triunfando abiertamente en Europa hasta el siglo XIX³⁶.

De todas formas, con miedo a la alteración natural o sin él, el hombre social no puede dejar de ser considerado un elemento de la naturaleza que actúa sobre la misma facilitando su mutación. Podríamos decir que por sí mismo es un factor natural del propio cambio; y si la naturaleza es en principio mutable³⁷, las comunidades humanas, con sus propias mutaciones internas, vienen a constituir un punto más -lo destacado que se quiera- en la corriente transformadora de aquella, al tiempo que evidentemente se ven afectadas por la marcha de conjunto del proceso de cambio, inducido o no³⁸.

Así pues, como en el resto de la naturaleza de la que forman parte, reiteradamente se producen en las sociedades humanas intentos de mutación³⁹: de continuo nacen "monstruos" cuyas posibilidades de desarrollo suelen ser mínimas a menos que encuentren un ambiente apropiado para su desarrollo gradual, en cuyo caso entran dentro del concepto de seres evolucionados⁴⁰. De igual modo, la posibilidad de existencia de diferentes marcos sucesivos de referencia en las sociedades humanas puede explicar que una mutación histórica que puede ser nefasta en un marco primario, puede ser inocua en uno secundario, inoperante en uno terciario y efectiva en otro cuaternario⁴¹. Es lo que explica que haya personajes

³⁶ E. Kahler, en *¿Qué es la historia?*, México, 1966, p.36, nos dice: "Los griegos querían saber a fin de obtener una orientación en su mundo, a fin de vivir como era debido; el conocimiento estaba estrechamente vinculado a la acción, era de hecho parte de la acción. Y vivir y actuar como era debido no se identificaba necesariamente con actuar con éxito. Significaba actuar y vivir de acuerdo con el orden cósmico". Citado por P. Pagés, *op. cit.*, p. 110.

³⁷ Recuérdense, a nivel biológico, los estudios de Ch. Darwin, *El origen de las especies*, edición de J. Josa i Llorca, Madrid, 1988.

³⁸ Cf. V. Gordon Childe, *Teoría de la Historia*, Buenos Aires, 1981, pp. 17-18 y 23. Otro asunto es si el hombre se beneficia o se perjudica con las mutaciones que él pueda inducir, y éste no lo consideramos por entender que es irrelevante en un proceso descriptivo como el que estamos intentando realizar con vistas a entender el proceso de cambio continuo que conocemos como Historia. Sobre el tema de la relación del hombre con la naturaleza, puede verse S. Moscovici, *Sociedad contra natura*, México, 1975.

³⁹ J. Chesneaux, *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, cit., p. 177: "Lejos de desarrollarse de manera gradual, la historia avanza a saltos discontinuos, comparables a las mutaciones conocidas en el mundo de la naturaleza", Cf. V. Gordon Childe, *Teoría de la Historia*, pp. 11-12.

⁴⁰ Ch. Darwin, *El origen de las especies*, p. 297, señala que "para que una especie se adapte a costumbres nuevas, son casi indispensables muchas variaciones coordinadas, y muchas veces puede haber ocurrido que las partes necesarias no variaron del modo debido o hasta el punto debido".

⁴¹ V. Gordon Childe, *Teoría de la Historia*, p. 111: "Evidentemente, el progreso no es automático ni inevitable. La historia conoce muchos caminos; algunos terminan en remansos sin

que se adecuan o no a su época (en realidad a su marco de referencia), que con las mismas ideas puedan ser considerados nocivos en un tipo de sociedad, locos en otra o héroes en una tercera. Así, por ejemplo, la proposición de doble "nacionalidad" o de superación de la misma puede ser bien o mal acogida, según el momento histórico, o sea, según el horizonte mental que una sociedad contemple. Verbigracia, las ideas de Isócrates, superadoras de la *polis*, en la Atenas del siglo IV a.C., con vistas a la integración en un Estado monárquico nacional, habrían resultado intolerables en el siglo VI a.C. Sin embargo, en su momento, la *polis* ateniense hacía tiempo que había dejado de ser autárquica en la práctica⁴² y por todos lados se buscaban nuevos horizontes integradores para la situación política. Filipo II y Alejandro III de Macedonia (otros dos personajes que supieron conectar con la realidad circundante de su época y explotar sus posibilidades de desarrollo) recogieron un fruto que ya estaba maduro y que era por ello de gran potencialidad de futuro. Y los ejemplos se podrían multiplicar con facilidad. En todos los casos, un personaje o grupo de personas suelen actuar como catalizadores de una situación, apareciendo en ese momento como los héroes de la historia⁴³. Evidentemente, para que ello suceda han de darse aptitudes personales para la dirección de las masas -acompañadas a veces de capacidad de gestión, aunque ésta también puede residir en buena medida en elementos de apariencia secundaria- y, más que nada, sentido de la oportunidad histórica⁴⁴. Tanto en el aspecto militar, como en el político, religioso, etc., la apreciación de la jefatura suele aparecer como fundamental en un estudio destinado a comprender una determinada situación histórica, en cuanto puede verse como definidora de la misma, y con una importancia sintomática similar a la que hemos dado a la consideración de la guerra (véase p. 22). Evidentemente tanto un elemento como otro no tienen un valor mucho más profundo que el de manifestaciones externas de una realidad más compleja⁴⁵, pero constituyen indudablemente una sintomatología interesante, en su aparición y desarrollo, que

salida, otros en la aniquilación. Lo mismo ocurre en los dominios de la historia natural, como lo demuestra admirablemente Julián Huxley en su reciente obra, *Evolution* [1942]"

⁴² En realidad, nos dice H. Berr en el prólogo a *La ciudad griega* de G. Glotz, México, 1957, p. XI, "la evolución de la ciudad está estrechamente ligada al aumento de la riqueza mobiliaria, a la formación de la clase de los demiurgos y de una aristocracia de "nuevos ricos", al impulso marítimo y al imperio de la moneda, en fin, al advenimiento de la crematística, es decir del capitalismo". Cfr. Platón, *Gorgias*, 477 e: "¿Qué arte nos libra de la pobreza? ¿no es la crematística?"; *Eutidemos*, 307 a: "Dime, ¿no te parece hermosa tanto la crematística como la retórica y el arte militar?". Véase G. Glotz, *op. cit.* p. 265.

⁴³ V. Gordon Childe, *Teoría de la Historia*, p. 71: "Podría decirse que el Gran Hombre desempeña el mismo papel que la chispa que desencadena la explosión".

⁴⁴ Véase lo dicho por G. Glotz, *op. cit.*, pp. 327 y 330 sobre la adecuación a las circunstancias de su época de las figuras de Filipo y Alejandro. En otro orden de cosas, V. Gordon Childe, *op. cit.*, pp. 25-26, nos dice: "Watt estaba seguro de que una máquina adecuada sería aceptada y utilizada por la sociedad. Desde el punto de vista del hecho histórico, dicho uso es tan esencial como la invención. Una invención que nadie conoce ni utiliza no es un hecho histórico: si la nueva herramienta o el nuevo proceso queda confinado en los límites del taller o de la caverna del inventor, carece de valor histórico".

⁴⁵ "¿Cómo habrías podido tú solo sojuzgar al Asia?", le dice Clito a Alejandro cuando se enfrenta con él, según la narración de la *Vida de Alejandro*, VIII, 1, que hace Q. Curcio Rufo.

hay que tener muy presente para la aproximación al estudio de un determinado momento histórico.

Por otro lado hemos de tener siempre presente que si bien el individuo humano es apreciado históricamente en su dimensión de animal social, es imposible concebir a una sociedad sin individuos, y que el cambio parte normalmente de la acción de individuos concretos, aunque sólo adquiera validez social o histórica si es aceptado por el grupo. En todo momento, para estudiar una sociedad, hay que contar con el deseo que suele aparecer en los individuos de resaltar su propia personalidad, su propio yo, en el marco de la colectividad⁴⁶. La figura del jefe es difícilmente entendible en un grupo sin contar con el deseo de gloria personal de algunos de sus componentes en particular; sin el deseo de "hacerse un nombre" que los identifique de una manera muy particular. Y ese nombre con mucha frecuencia sólo se consigue tendiendo a situaciones límites que pueden alterar de algún modo la vida de la colectividad y que sitúan al héroe -hablando en términos griegos- al borde de la tragedia, que se puede desatar si su actuación no es asimilada plenamente por el grupo.

El papel definitorio del nombre es importante en la Historia. Posiblemente aquellos personajes que se enterraron en tumbas majestuosas, pero anónimas (por ejemplo en Micenas) tuvieron aspiraciones de héroes, pero al haberse perdido sus nombres sólo son sombras en la Historia. El nombre, el concepto de persona que se capta con él sigue siendo fundamental. El papel moneda es riqueza porque sirve para nombrarla, para describirla: lleva su nombre. De ahí que se pueda incluso prescindir del papel y pasar a la simple cifra de dinero registrado, al nombre puro. Lo importante es el nombre, que encierra la esencia perceptible de las cosas. Es la fuerza de la mente, la capacidad de sentir que una cosa es tal, la fe en esa percepción, lo que mueve la actuación de los hombres. Para ser hay que tener nombre, y cuanto mayor sea el valor de referencia de ese nombre, mayor será la capacidad de existencia del ser nombrado. Una sociedad siempre necesita creer para existir: creer en sí misma (a través de la historia o del mito) y creer en sus valores referenciales, como el jefe o el enemigo (que le sirve a esa sociedad para definirse frente a él), los símbolos del prestigio y del poder, etc. Cuanto mayor es la fe de una comunidad en los valores que le son propios, mayor es su sentido de identidad, su coherencia y su fortaleza⁴⁷. No importa el tamaño o el desarrollo de una

⁴⁶ P. Lévêque, en un reciente trabajo ("Le contrôle idéologique des citoyens dans la cité grecque archaïque", *Forms of control and subordination in Antiquity*, Leiden, 1988, especialmente pp. 586-587), nos recuerda cómo los ritos de iniciación procuran integrar a los jóvenes en la sociedad puliéndolos e igualándolos, representando "el momento por excelencia en que se instituye el control de la colectividad sobre el individuo". Evidentemente, cuando más compleja, más desarrollada, es una sociedad, mayor es el nivel de integración exigido a sus individuos, mayor su "pulimento" y, por causas de su integración en un horizonte mental amplio, menor su sentido inmediato del concepto de libertad (que puede, no obstante, ser más refinado y complejo). Pero, sea cual sea el grado de desarrollo de una sociedad, siempre existe una tensión entre las tendencias colectivas, que tienden a suprimir los perniciosos individualismos, y las que tienden a resaltar la identidad de los individuos.

⁴⁷ A. Gramsci, *Escritos políticos (1917-1933)*, México, 1981, p. 123: "La clase obrera debe comprender toda la belleza y nobleza del ideal por el que lucha y se sacrifica, debe darse cuenta que para lograr este ideal es necesario pasar a través de algunas etapas; debe reconocer la necesidad de la disciplina revolucionaria y de la dictadura". Y en p. 90: "El partido debe

sociedad, lo que importa es que la cohesión, la fe interna, sea grande a cualquier nivel de integración u horizonte mental que se considere.

Cuando una comunidad se muestra con confianza en sí misma, cuando muestra mayor equilibrio en las tensiones entre las distintas facetas (política, económica, religiosa, etc.) de la vida de sus componentes, en un marco de referencias cuyos límites parecen bien definidos, decimos que se encuentra en un momento "clásico"⁴⁸. Pero en todo momento la tensión centrífuga, expansiva, del grupo concreto sigue actuando y en seguida rompe un marco de referencia equilibrado para buscar otro, en el que nuevamente se podrá hallar un nuevo equilibrio (siempre momentáneo), normalmente tras una etapa de desconcierto -o *crisis*- durante la cual no se suelen apreciar con nitidez suficiente los nuevos límites de la convivencia⁴⁹.

En esas etapas de crisis, la ruptura de los límites racionales de un horizonte mental determinado puede llevar al individuo⁵⁰ -normalmente perteneciente al sector

continuar siendo el órgano de educación del comunismo, el foco de la fe, el depositario de la doctrina, el poder supremo que armoniza y conduce a la meta las fuerzas organizadas y disciplinadas de la clase obrera". En un plano más "clásico" véase lo dicho por A. Barigazzi ("Características culturales del siglo IV", en R. Bianchi Bandinelli (ed.), *Historia y civilización de los Griegos*, vol. V, Barcelona, 1981, pp. 30-31) acerca de la nueva fe propuesta por Sócrates para salvar a la *polis* de la crisis a que le había llevado el racionalismo sofista.

⁴⁸ T.S. Kuhn, en *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, 1981, muestra un esquema similar en el desarrollo de las ciencias, con el paso de unas teorías, consideradas normales y aceptadas por una comunidad, a otras, a través de períodos intermedios de crisis que generan las revoluciones científicas. Estas revoluciones, como cualquier otro período de crisis en la Historia, dan paso siempre a nuevas estructuras que tienden durante un tiempo a estabilizarse, a ser consideradas normales, antes de entrar en crisis ellas mismas.

⁴⁹ Es un hecho notable que la integración en unidades superiores de convivencia-la *polis* por ejemplo- suele determinar la desmembración de la familia extensa en unidades menores, basadas en la relación sexual estable y la educación de los hijos (la creación de "historia"), que normalmente resultan más flexibles y adaptables al nuevo marco de referencia social (Cf. G. Glotz, *La ciudad griega*, cit., p. 99). Con ello se viene a demostrar que la familia extensa no es más que un marco de referencia "artificial", que se puede volver innecesario cuando se establece otro marco más útil para el desarrollo de la vida de los individuos. La reproducción sexual y el deseo de trascendencia hacen que la relación familiar nuclear haya constituido hasta el momento presente el límite mínimo para la vida social de un individuo humano. Véase A. Barigazzi, "Características culturales del siglo IV", cit., pp. 20-21, para el mismo fenómeno en la época de crisis posterior al auge de la ciudad griega.

⁵⁰ El "individualismo" es considerado como una de las características propias de las épocas de "crisis". En cambio el sentimiento de "colectividad" predomina en las épocas consideradas clásicas. Así por ejemplo, si volvemos los ojos a la antigüedad griega podemos observar que a la poesía épica, propia de un clasicismo pre-político, le sigue la tendencia a la poesía personal de los siglos VII y VI a.C. En cambio, durante la breve etapa del clasicismo ateniense encontramos de nuevo un predominio de los temas generales expresados en géneros tales como la tragedia y la historia, para pasar de nuevo a un interés predominante por los temas personales (reflejados ahora en la prosa) a partir del siglo IV a.C. Cuando la fe en un sistema, la confianza, falla, el individuo, a la espera de tiempos mejores, tiende a replegarse en sí mismo hasta que vislumbre

menos cultivado de una sociedad, aunque no necesariamente-, en el sentimiento (o presentimiento, si se prefiere) de que existen unos límites más allá, de momento inaprensibles, a la búsqueda de un escape en lo irracional⁵¹. Lo irracional constituye, por tanto, un elemento perfectamente válido de la cultura humana, y es "lógico" que aparezca de forma destacada en toda época de crisis o cambio de horizonte mental. El sentimiento (o presentimiento) llega así a donde la razón aún no ha llegado, preparando el camino del avance de una sociedad⁵².

Hemos señalado repetidamente que la tensión normalmente provoca la necesidad de expansión. Es fácil de entender, en pura lógica, que el proceso de expansión se vaya acelerando conforme se van acumulando puntos de tensión (o de fuerza). O sea, como diría J. Chesneaux⁵³, "el sentido y la conciencia de las mutaciones históricas se hacen cada vez más claros, a medida que la historia avanza". Así, por ejemplo, es más lenta la evolución del nivel de clan al de *polis*, que

un nuevo marco de fe compartida, un nuevo marco de referencia concreta que sea comprensible dentro de un sistema lógico definido.

⁵¹ Véase P. Pagés, *Introducción a la Historia*, cit., p. 201; y M.I. Finley, "Mito, memoria e historia", en *Uso y abuso de la historia*, cit., p. 44, sobre la decadencia de la Historia, considerada en términos actuales, tras Tucídides, último gran representante, en este campo, del racionalismo de la *polis*.

⁵² Prescindimos en todo momento, cuando hablamos de avance, de la idea moral de "progreso". En cuanto a esta irracionalidad de que venimos hablando, tal vez donde mejor se manifieste sea en el campo religioso. Ha sido bien estudiado el fenómeno en el momento de la crisis de la *polis* griega. El individualismo, en el plano religioso, lleva a la búsqueda del contacto personal con los dioses, que "se conseguía mediante procedimientos que los psicólogos de hoy día reconocen que son capaces de provocar el estado de trance, de disgregar la personalidad" (C. Préaux, *El mundo helenístico*, cit., p. 410) y que nos rememoran, aunque en otro plano, las primitivas iniciaciones chamánicas (P. Lévêque, "Le controle idéologique des citoyens dans la cité grecque archaïque", *Forms of control and subordination in Antiquity*, Leiden, 1988, p. 592). Se manifestaba en las religiones de iniciación y "en sus prácticas -nos dice C. Préaux, *op. cit.*, p. 412- se denunciaba una contracultura que se enfrentaba con el orden tradicional. En efecto, la ciudad democrática se basaba en el postulado de la racionalidad de la conducta humana y de la responsabilidad total del individuo, únicas bases del pronóstico político y única justificación penal tal como era concebida.

Las prácticas destinadas a provocar la comunicación con lo divino eran irracionales... La cultura tradicional percibía el peligro de esa contracultura y se defendía atacándola". Pero al final, luego de siglos de lucha, la nueva postura triunfó con el cristianismo, que, con su universalismo y su doctrina de amor, se adecuaba muy bien a las nuevas circunstancias políticas y administrativas y a sus exigencias de cohesión.

Sobre el parón que supuso para la ciencia griega la irracional separación de las esferas celeste y terrestre -rompiendo con la tradición milesia- a partir de Platón y Aristóteles, véase B. Farrington, *Ciencia y filosofía en la Antigüedad*, 4ª ed., Barcelona, 1977, pp. 202-207. No es este el momento de comentar este fenómeno, del mayor interés por otro lado, que ilustra bien el desequilibrio a que se había llegado en la sociedad griega del siglo IV a.C. entre el universalismo del mundo de las ideas y el localismo autárquico que seguía impregnando la moral política. Sólo en la madurez del Renacimiento se acortarían las distancias entre estos factores lo suficiente como para permitir un nuevo despegue científico que, al optar por la artificiosidad frente a lo natural, habría de cambiar la faz de la vida humana.

de este nivel al de Estado nacional⁵⁴. Hay que tener presente, además, que el ritmo de evolución de los distintos sectores o facetas de la actividad humana es desigual, que las estructuras políticas, económicas, sociales y mentales son cada una de ellas más lentas que la anterior en la enumeración⁵⁵. Y que este distinto ritmo de desarrollo provoca desajustes que hacen fracasar la evolución continuada de los sectores más avanzados, produciéndose retrocesos provisionales que miran a establecer un cierto equilibrio en el sistema. Así, por ejemplo, el Imperio romano, como resultado del dinamismo de la tensión bélica, avanza con bastante rapidez en la consolidación de unas estructuras administrativas superiores a las de la ciudad-estado acercándose a las de un estado nacional integrado; sin embargo, sus estructuras económicas son más lentas, como consecuencia de una actitud mental muy conservadora, y el rechazo moral de la producción de excedentes comercializables determina la imposibilidad física de mantener unas estructuras administrativas complejas, del tipo de las que son necesarias en un estado nacional amplio. Por ello aquel edificio se viene abajo, por falta de adecuación en el ritmo de desarrollo de sus elementos integrantes⁵⁶. Pero, como, pese a su mayor lentitud evolutiva, las estructuras económicas y mentales habían seguido evolucionando, la caída no supuso la vuelta a la situación inicial de ciudad-estado, sino que mantuvo la idea de integración en una comunidad más amplia. Así, la llamada Edad Media no es, en absoluto, una vuelta a la Protohistoria⁵⁷.

⁵³ *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, p. 155.

⁵⁴ "La revolución neolítica -la práctica de la agricultura, la ganadería y el artesanado- precisó de tres mil años para generalizar nuevas formas de producción. Mientras que, en menos de doscientos años, el industrialismo se había impuesto en la práctica totalidad del planeta". Este ejemplo, de carácter sectorial (económico), nos viene dado por P. Pagés, *Introducción a la Historia*, p. 244.

⁵⁵ P. Pagés, *op. cit.*, pp. 249-257. [En base a esto, queremos recordar que el esquema gráfico imaginario que hemos presentado implica una gran complejidad, pues no se puede considerar sólo una estructura sino todas en conjunto: una sociedad no se puede definir por un solo esquema (político, económico, etc.) sino por la conjunción de los que representan a las distintas estructuras, y el mayor o menor equilibrio de una sociedad habrá que medirlo por el relativo a la resultante de la combinación de los distintos esquemas parciales correspondientes a las distintas estructuras desde las que se puede contemplar la actividad humana, todas las cuales son al mismo tiempo causas y consecuencias entre sí].

⁵⁶ Cf. Samir Amin, *El desarrollo desigual*, Barcelona, 1974, p. 27: "Las tentativas de constitución nacional no consiguen progresar... sobre todo porque el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas locales no permite la extracción de un excedente suficiente para sostener una clase que pudiera realizar una constitución nacional. ... El excedente, escaso, no exige una unificación económica; circula poco, y la sociedad sigue siendo un conglomerado de regiones insuficientemente integradas para ser nacional".

⁵⁷ Otras causas de reflujo en la expansión de una sociedad pueden ser las derivadas directamente de actitudes mentales que se expresan mediante una determinada forma de vida o cultura. Las diferencias en este sentido entre las distintas partes de un conjunto, sobre todo cuando se afloja la cohesión económica y administrativa, suelen permitir la creación de bloques culturales homogéneos, que facilitan la acción y la formación de unidades políticas estatales concretas. Así, se puede conformar en un principio el mundo helenístico por un lado y el mundo latino por otro; éstas son, con todo, unidades demasiado grandes que encierran un conjunto de

Otro hecho que hay que tener presente al realizar un análisis de la evolución de las estructuras de una comunidad, es el de los contactos que la misma puede tener con otras sociedades que han alcanzado un nivel evolutivo más avanzado⁵⁸. En estos casos se pueden quemar etapas muy rápidamente, siempre que no haya absorción o dominación del menos evolucionado por el que lo es más, pues en este caso el primero quedaría simplemente integrado, a nivel de sometido, en las estructuras del segundo, perdiendo su propia personalidad. Cuando esta absorción no se da, el conocimiento de la tecnología y el saber ajeno puede potenciar de modo extraordinario y a un ritmo muy rápido el desarrollo del atrasado, que crece así con una gran vitalidad hasta alcanzar niveles similares, y en parte incluso superiores por su potencialidad, a los de la fuente de conocimiento. Se explica así el llamado "milagro griego", que permite desarrollar sobre bases individuales, derivadas de su escaso nivel de integración política amplia, la cultura de las grandes sociedades no individualistas orientales⁵⁹. Se explica con facilidad la potencia de Macedonia en su contacto con la civilizada Hélade⁶⁰. Se explica la adaptación de Roma, con el Imperio, a las formas organizativas superiores de los estados helenísticos⁶¹, etc., etc.

Hemos señalado con anterioridad que conforme avanza en complejidad el sistema de relaciones, el individuo se encuentra con un marco de libertad más amplio, pero al mismo tiempo con un nivel de personalización menor (en una comunidad pequeña todos los individuos componentes son entes concretos para los demás), en cuanto que su fuerza se diluye progresivamente en una unidad de fuerza superior que tiende a desdibujar sus límites de referencia inmediatos. El cambio de una situación de conocimiento directo a otra en que éste no se da es tan fuerte que entendemos que puede servir para establecer dos niveles fundamentales de convivencia (o integración):

a) nivel de control directo, en grupos más o menos reducidos, hasta un grado

peculiaridades específicas, debidas tanto al sustrato cultural anterior como a condicionamientos de tipo geográfico, por lo que existirá la tendencia a la división de las unidades mayores en otras más pequeñas que irán profundizando, por concentración, en una cultura peculiar. Así, este reflujo podría ser, en su profundización de la idea estatal, uno de los orígenes de las nacionalidades mediterráneas modernas. Véase J. Chesneau, *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, pp. 130 y 134-135.

⁵⁸ Un interesante planteamiento general de este tema lo encontramos en N. Wachtel, "La aculturación", *Hacer la Historia*, 2 ed. española, Barcelona, 1985, vol. I, pp. 135-156.

⁵⁹ Un caso similar, pero inverso, es el llamado en la actualidad "milagro japonés". Cf. F. J. Palom Izquierdo, *Guía práctica de la aplicación de la "Teoría Z" y los círculos de calidad en la empresa*, Barcelona, 1984.

⁶⁰ Así, por ejemplo, el "heroísmo" de los reyes de la atrasada civilización macedónica se vio potenciado por el racionalista culto a la personalidad individual que se daba en la culturalmente avanzada sociedad ática; y el evemerismo no habría sino de potenciar la tendencia a la divinización de los reyes que caracteriza al período helenístico. Véase P. Grimal, *El helenismo y el auge de Roma*, Madrid, 1972, p. 153.

⁶¹ Véase G. Chic, *Epigrafía anfórica de la Bética*. II, Sevilla, 1988, p. 63.

máximo de expansión del tipo marcado por Aristóteles al señalar el que considera adecuado para una *polis*⁶².

b) nivel de control indirecto, de tipo "Estado nacional", en que priva la especialización y el intercambio en todas las esferas de la actividad humana.

A su vez cada nivel (pero sobre todo el b) puede contemplar dos facetas o actitudes socioeconómicas primordiales⁶³:

α) actitud distributiva. La riqueza producida es gestionada y distribuida desde organismos centrales (con sus dependencias regionales o locales, si se muestran necesarias)⁶⁴.

β) actitud de libre intercambio. La riqueza es gestionada e intercambiada directamente por las unidades básicas de la sociedad.

En un nivel de desarrollo b es normal la tendencia a la progresiva especialización en la producción de bienes⁶⁵ y el intercambio de los mismos (realizado de acuerdo con una u otra actitud socioeconómica), que implica una paralela tendencia a la interdependencia en el disfrute del capital.

Debemos aclarar que entendemos por capital la riqueza excedentaria o acumulativa (bienes no consumidos directamente en el acto del uso) producida por el hombre en una acción que podemos denominar laboral⁶⁶. Este capital puede ser

⁶² *Política*, VII, 4 (1326 a). Ver *supra* página 14.

⁶³ Véase Y. Plejánov, *Cuestiones fundamentales del marxismo*, Barcelona, 1976, p. 89, sobre la doble posibilidad de desarrollo inicial.

⁶⁴ Es lo que S. Amin, *El desarrollo desigual*, pp. 16-17 denomina "modo de producción tributario". La perspectiva tercermundista del autor le permite un enfoque de este tipo de sociedades que, en líneas generales, consideramos muy realista. Véanse las características que estima como definitorias del sistema en *Clases y naciones en el materialismo histórico*, Barcelona, 1979, pp. 42-45. También la descripción que hace de las grandes formaciones tributarias antiguas, especialmente la egipcia y la china, en *El desarrollo desigual*, pp. 49-52).

⁶⁵ La especialización aparece en un teórico de la sociedad "natural", como es Aristóteles (*Política*, I, 3, 17 (1257 b)) como un principio de desequilibrio que lleva al campo de lo "artificial". Recuérdese la consideración negativa para el hombre que tiene el deseo de conocimiento, que lleva al control de la naturaleza, en mitos como el del Paraíso mesopotámico (*Génesis*, 2, 16-17: "Y mandó Yahvé Dios al hombre diciendo: De todos los árboles del jardín puedes comer, pero no comerás del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque el día que comieres de él ciertamente morirás") o los de Prometeo y Pandora o el de las razas entre los griegos (Véase especialmente Hesíodo, *Los trabajos y los días*, verso 129).

⁶⁶ Rechazamos pues la definición marxista por considerarla demasiado parcial. A Marx le interesaba definir el capital en la forma en que se presentaba preponderantemente en las sociedades industriales de la Europa occidental porque, como nos recuerda J. Chesneaux (*¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, p. 58), lo necesitaba para definir objetivos de lucha política. "Su opción era política: el conocimiento profundo y sistemático del pasado no constituye un fin en sí mismo. Marx no era un "historiador marxista", pero sí ciertamente un intelectual

empleado como reserva del propio productor (o del pequeño grupo familiar en que se encuentra integrado) y ser destinado por tanto a un consumo directo; o bien puede ser empleado como medio para facilitar la creación de nueva riqueza (capital) suplementaria, por medio de una inversión productiva que fomenta la especialización (capitalismo o generación de capital a partir de otro ya existente). Esto último se da en toda sociedad organizada a nivel de "Estado nacional" (nivel b) y tiende a darse en sociedades menores (nivel a) evolucionadas.

Hay que distinguir, por tanto, entre sistemas de producción y formas de propiedad de esa producción. No se puede decir que una sociedad no es capitalista por el simple hecho de que la forma de propiedad no sea privada o individualista, si en la misma se produce inversión de bienes -o capital- en la producción de nuevos bienes a mayor escala (por ejemplo, manteniendo a un especialista -labrador, herrero, pastor, etc.- para que a través de su especialización produzca mayores y mejores bienes), o sea, si "cría" capital. Como tampoco se puede decir que sólo hay un verdadero capitalismo cuando se produce la revolución industrial por el simple hecho de que ello signifique el triunfo absoluto de un sistema de vida interdependiente⁶⁷, la economía se haya convertido en ideología y la religión se haya desplazado desde el campo de la política al de las relaciones económicas⁶⁸. Es una

revolucionario". Por ello "no trató jamás de presentar un cuadro coherente y sistemático de las sociedades asiáticas antiguas, de la antigüedad greco-romana, o de la Edad Media feudal". Se fijó en una forma avanzada de capitalismo y en función de ella consideró el pasado como explicación. Pero nosotros, como historiadores y no como políticos, tenemos la necesidad de fijar el proceso inverso y por ello ofrecemos una definición mucho más simple del fenómeno en sí, sin considerar una fase concreta de su evolución, porque no la necesitamos para un esquema general. Evidentemente nuestra definición era absolutamente precapitalista para Marx.

⁶⁷ Se suele decir que el "modo de producción capitalista" se caracteriza porque en él todos sus productos y actividades son mercancías.

⁶⁸ Cf.S. Amin, *El desarrollo desigual*, pp. 23-24. Desde que en 1905 el economista alemán G.F. Knapp publicó su *Teoría general del dinero* y desarrolló la idea de que las unidades monetarias no son más que unidades abstractas sin valor propio, la teoría nominalista ha ido ganado fuerza entre los economistas frente a los partidarios del metalismo. Nacida de la necesidad de facilitar los intercambios, la moneda surgió como un trozo de metal apetecible al que se convino ($\nu\omicron\mu\iota\sigma\mu\alpha$ refleja semánticamente en griego ese hecho preciso de la convención) en darle un valor que se fijó a nivel de comunidad mediante un sello o cuño (acuñar), como bien señala Aristóteles (*Política*, I, 3 (1257 a)). Lentamente ese valor convencional fue girando progresivamente en torno al signo de valor garantizado por el Estado al tiempo que aumentaba la fe pública de una sociedad progresivamente interdependiente. La fe continuaría aumentando hasta prescindir primero del soporte metálico (papel moneda) y en la actualidad, en muchísimas ocasiones, de todo tipo de soporte que no sea una anotación particularizada. El valor del dinero reposa pues, a nivel de relaciones internas de una comunidad, en la confianza colectiva que se atribuye a esa unidad de valor representada por el signo de valor. El metalismo, cada vez más matizado, funciona a nivel de relaciones internacionales sobre todo, pero a nivel nacional la fe económica se ha constituido en el principal elemento de las relaciones comunitarias. Al "capital" se ha pasado a considerarlo cada vez más en términos espirituales y se le ha ido dotando de un poder sobrenatural. La fe reposa, pues, en algo muy ligado al hombre, en una convención sobre la manera de medir el valor

cuestión de grados, no de sustancia. Y por la misma razón, entendemos que no se debería emplear la expresión de "sociedades no capitalistas" para designar a aquellas que observan una actitud económica distributiva, sean preindustriales o plenamente industrializadas. Todas ellas lo son desde este punto de vista que hemos adoptado, por cuanto invierten un capital para obtener una riqueza aumentada⁶⁹. Estimamos, en suma, que se impone una clara distinción metodológica entre formas de producción de bienes (que pertenecen estrictamente al campo de la economía), formas de disfrute o posesión de esos bienes (organización social), y modos o formas de organización política. Todas ellas pueden -y normalmente lo hacen- influirse entre sí, pero no se puede hablar de una determinación clara de unas por otras⁷⁰. Lo que sí, en cambio, parece determinante, es el nivel u horizonte mental en que se inscriban, que exige un desarrollo equilibrado de esas mismas formas. Entendemos, por tanto, que hay que prestar -para un análisis histórico- tanta atención a los niveles de desarrollo de las formas (económicas, políticas, mentales...) como al carácter propio de las mismas.

Tanto un Estado de régimen económico distributivo como uno liberal necesitan (una vez alcanzado el nivel b) un aparato administrativo general -sostenido por los excedentes generados por el sistema productivo⁷¹- que se encargue de los temas

económico de las relaciones en el seno de la comunidad, y, por ello, no tiene nada de extraño que los otros "dioses", exteriores al hombre, vayan quedando progresivamente relegados a un plano secundario e incluso eliminados de las creencias personales. Entendemos que esto, en el fondo, no es sino un signo natural de nuestro horizonte cultural y que como tal ha de ser considerado en el marco de la Historia.

⁶⁹ El ritmo en el desarrollo de la producción de bienes suele ser menor en aquellas sociedades donde el control colectivo (α) deja menos posibilidades al desarrollo del individualismo, que es más acusado en β .

Por el contrario, al producirse menos desequilibrios por esta causa, las sociedades con una actitud socioeconómica distributiva suelen ser más estables que las de libre intercambio, donde el ritmo de transformación es más acelerado.

⁷⁰ En un nivel de convivencia con control directo cabe un sistema democrático inmediato no representativo, que es impensable en un nivel de control indirecto, por pura lógica. Por su parte, la democracia indirecta cabe en principio en un nivel b (control indirecto) tanto si la actitud económica observada es distributiva como si lo es de libre intercambio, aunque, también por lógica, las formas que dicha democracia ha de presentar en uno u otro tipo de sociedad han de ser diferentes. Cuando predominan en la acción los intereses individuales directos en el plano económico, cabe la formación de grupos de interés contrapuestos con bastante facilidad. Estos son, en cambio, mucho menos factibles en su desarrollo en una sociedad distributiva, donde predomina el nivel comunitario o estatal sobre los intereses económicos directos de los individuos; o sea, donde los individuos se subordinan de forma casi absoluta al Estado, que es quien, en su acción distribuidora, procura el interés de sus componentes. La tendencia a la unidad de criterios básicos ("partido único") es consustancial a este segundo tipo de sistema social. Pero la democracia es tan factible en un sistema como en otro (aunque presente distinto aspecto según los casos); y lo mismo se puede decir de la presencia de oligarquías (que en las sociedades distribuidoras suelen presentar un carácter funcional) o de tiranías.

⁷¹ Hemos tocado el tema del paso de la contribución económica antigua, de carácter voluntario (evergetismo) y destinada a obtener prestigio, a otra de carácter impositivo propia de Estados más desarrollados en nuestro trabajo "Datos para el estudio del culto imperial en la

colectivos fundamentales, como pueden ser la defensa, las relaciones globales con otras comunidades, la infraestructura viaria o de medios generales de producción e intercambio (diques, canales, puertos, vías, etc.); y sobre todo del mantenimiento de la coherencia ideológica, poniendo los medios para el desarrollo de una ideología común, que se sustenta en un mito -o en una historia, si se emplea el pensamiento lógico-, y que se expresa a través de las distintas formas de relación con lo trascendente (religión), sean divinas o humanas⁷².

Parece claro, por otro lado, que entre la tesis α (comunidad distributiva) y la antítesis β (liberal) cabe la posibilidad de una síntesis. Eso es lo que observamos, por ejemplo en la última etapa del Imperio romano, en que tienden a fundirse las formas "egipcias" y "griegas"; o bien en nuestros días con los sistemas socialdemócratas auténticos. Y si esto es posible, entendemos que se debe a que ambas posturas se encuentran, en el momento de la aproximación, ante un mismo horizonte o nivel mental⁷³, que es más importante, en cuanto que determina el nivel de desarrollo, que las formas, distributiva o liberal, que adopten los factores constituyentes de una estructura social.

Colonia Augusta Firma Astigi", publicada en *Habis*, 18, 1987-1988, especialmente en las pp. 379-381. Estimamos que la fijación de nuestro impuesto directo progresivo no es sino una derivación del antiguo sistema evergético según el cual tenía más prestigio quien más gastaba para la comunidad. En nuestro sistema actual, al haberse perdido los límites de referencia inmediata para el individuo en la comunidad política, el gasto no enorgullece al que lo realiza por la falta de reconocimiento que se supone al mismo. Se ha perdido el orgullo de contribuir porque se ha perdido el orgullo de ser reconocido como una personalidad importante que se sacrifica por obtener el prestigio. El bien poseído ha pasado a convertirse en un medio de poder por sí mismo y el prestigio se ha desplazado hacia la detentación de ese poder que no se comparte, lo que origina una mezcla de admiración y envidia entre los individuos de la comunidad. La fe ha pasado a estar en el dinero, no en el valor social de la persona, en el medio, no en el fin. Pero, por otro lado, vemos cómo una persona puede defraudar fuertemente a la Hacienda pública pero mostrarse orgullosa de dar su nombre a una Fundación multimillonaria: es una clara pervivencia del pensamiento evergético, que busca en el gasto la obtención del prestigio.

⁷² Es interesante al respecto la opinión que, en el siglo II a.C., expone Polibio de Megalópolis (VI, 56, 6-13): "Pero la diferencia positiva mayor que tiene la constitución romana es, a mi juicio, la de las convicciones religiosas. Y me parece también que ha sostenido a Roma una cosa que entre los demás pueblos ha sido objeto de mofa: me refiero al temor a los dioses. Entre los romanos este elemento está presente hasta tal punto y con tanto dramatismo, en la vida privada y en los asuntos públicos de la ciudad, que ya es imposible ir más allá. Esto extrañará a muchos, pero yo creo que lo han hecho pensando en las masas. Si fuera posible constituir una polis habitada sólo por personas inteligentes, ello no sería necesario. Pero la masa es versátil y llena de pasiones injustas, de rabia irracional y de coraje violento; la única solución posible es contenerla con el miedo de cosas desconocidas y con ficciones de este tipo. Por eso, creo yo, los antiguos no inculcaron a las masas por casualidad o por azar las imaginaciones de los dioses y las narraciones de las cosas del Hades; los de ahora cometen una temeridad irracional cuando pretenden suprimir estos elementos".

⁷³ Véase M. Raskolnikoff, *La recherche soviétique et l'histoire économique et sociale du monde hellénistique et romain*, Strasbourg, 1975, p. 283.

EL PRINCIPIO DE ACTUALIDAD EN LA HISTORIA Y EL CONCEPTO DE HISTORIA ANTIGUA.

Es un principio generalmente admitido que la Historia, para que sea válida, ha de ser contemporánea, o sea que tenga un interés concreto para los miembros vivos de una sociedad, que sea -como cualquier otra- una ciencia del presente humano.

Parece obvio que si admitimos, como hemos hecho, el carácter científico de la Historia, ésta ha de ser considerada como unidad. Pero el factor tiempo parece alejar determinados hechos o presupuestos demasiado como para que puedan interesar al hombre actual. Decía M.I. Finley⁷⁴ que "en realidad a un individuo sólo le es dado conocer su propia época y con ello le basta. El pretérito no puede ofrecer otra cosa sino el apoyo paradigmático para las conclusiones que se han extraído del presente; el pasado, por decirlo de otra manera, sólo puede ser tratado en la manera intemporal propia del mito". Es esta, por otro lado, una idea que parece tomar cuerpo oficial en los presupuestos de Planes de Estudio que el ministerio español de Educación pretende implantar en nuestras Universidades. ¿Tiene sentido realmente estudiar una historia anterior a "nuestra" revolución industrial europea?.

Hemos destacado en la frase anterior la palabra *nuestra* porque estimamos que en ella se encuentra la clave del desconcierto en que, en buena medida, parecemos movernos al respecto. Parece evidente que la Historia se considera únicamente en su dimensión de ciencia aplicada sin haberse preocupado previamente de establecer sus principios teóricos. Y esto se hace tanto desde posiciones "conservadoras" como "progresistas": la Historia sólo es en cuanto puede funcionar como paradigma moral con vistas a conservar determinadas conductas o, por el contrario, como arma ideológica para la lucha por un futuro de "progreso", claramente distinto.

Cuando, en el siglo XVII, Keller establecía la división por "edades" en la Historia que ha perdurado hasta hoy, partía indudablemente del adverbio latino *modo* en su acepción temporal: "al instante", "en seguida", "hace un momento", "poco ha". Lo "moderno" era, como lo habían marcado Prisciano de Cesárea y Casiodoro en la época de Justiniano I, lo "nuevo", "reciente", "actual". Se partía entonces, como se había partido desde Heródoto, del presente para establecer el pasado, lo *antiquus*. La división atendía a distintas formas de entender el mundo y por ello, entre la *antiqua* y la *moderna* se situó una etapa o edad *media*. Pero luego el tiempo siguió corriendo, se produjo en Europa la llamada revolución industrial y hubo que considerar un nuevo apartado de acuerdo con los tiempos que corrían, o sea, contemporáneo. Y como esa Europa contemporánea terminó por controlar económica y culturalmente (desde el punto de vista de la ciencia aplicada) a todo el planeta, pues se santificó un modelo eurocentrista de historia aplicada.

No obstante, igual que a los helenos les estallaron los propios mitos en cuanto los contrastaron ampliamente con una realidad plural que les exigió una "lógica" general, a los europeos nos ha pasado algo parecido con nuestra visión de la Historia, que evidentemente sólo se adapta a nuestras necesidades ideológicas

⁷⁴ "Mito, memoria e historia", en *Uso y abuso de la historia*, p. 42.

de, digamos, "consumo interno". Se evidencia la necesidad de una nueva visión de la Historia que se adecue mejor al carácter universal de nuestra economía, del horizonte mental nuevo que nos estamos formando. Y en esa línea van, y con ese propósito se han escrito, las páginas anteriores en las que hemos expuesto nuestra hipótesis de trabajo para abordar el estudio del pasado, con la pretensión de superar la esfera de lo físicamente inmediato (etnocentrismo) y de lo directamente aplicable (egocentrismo). No nos ha movido desde luego a ello el espíritu de originalidad -que puede resultar peligroso mostrar cuando no se solicita directamente- sino el deseo de establecer una vía de racionalidad que satisfaga algo mejor nuestras aspiraciones de conocimiento (egoísmo).

Desde esa perspectiva es evidente que la actual división de las edades y el concepto de Historia Antigua que manejamos normalmente nos parecen altamente inadecuados, y que nos parecería mejor un estudio en base a los distintos horizontes mentales que ha ido presentando una determinada sociedad a lo largo del tiempo, marcando las relaciones entre distintas sociedades y los fenómenos de aceleración o retardo que como consecuencia de ello se producen en las mismas.

Desde luego resulta totalmente imposible, por su carácter esencialmente dinámico, fijar los límites precisos de un horizonte mental determinado, sobre todo teniendo en cuenta la dinámica plural de sus distintos componentes (políticos, económicos, sociales, mentales). Si la Física moderna actúa sobre la base de imponer la renuncia a una descripción mecánica adecuada y sustituir las leyes deterministas por predicciones y fórmulas estadísticas, parece natural que en el estudio de la Historia, donde el principio de indeterminación cobra más fuerza, la fijación de esquemas rígidos sea poco menos que imposible⁷⁵. Toda ley, general de la naturaleza o particular de las relaciones humanas, no es sino un intento de enmarcar un sistema de comportamientos con referencia al cual se puede comprender de forma aproximada la realidad. Pero, en algún momento, la realidad se puede escapar a la comprensión humana y exigir una nueva formulación legal. Ciertamente nunca se darán dos momentos históricos exactamente iguales, como no se dan dos gripes exactamente iguales, porque las circunstancias concomitantes pueden variar, pero se pueden identificar estructuras de comportamiento similares entre diversos casos. Y ya hemos indicado nuestra opinión (p. 40) de que se pueden establecer dos niveles fundamentales de convivencia, caracterizados por el tipo de confianza o fe pública necesarios entre los miembros de la comunidad, según quepa un control mutuo directo o no. Tanto en uno como en otro nivel caben distintos grados de integración que también se pueden individualizar. Pero para nosotros, repetimos, resulta fundamental el grado de control mutuo posible y las características del mismo. Es pues una concepción estructural de la Historia la que proponemos,

⁷⁵ José María Santero decía a este respecto en la página 20 de su *Proyecto Docente e Investigador* presentado en 1985: "Ante la inexistencia de un límite real y concreto en esta perspectiva de transformación, lo que sí tal vez podamos hacer es considerar la correspondencia que existe entre una progresiva disminución de los elementos de permanencia y un progresivo aumento de los elementos de transformación, y esta correspondencia es la que permite aproximarnos a respuestas más concretas, tales como que a mediados del siglo V podemos comenzar a observar que los elementos de transformación han sobrepasado a los elementos de permanencia. Sin que esto quiera decir que los años de mediados del siglo V constituyan el límite exacto entre Antigüedad y Medioevo, que en rigor no existe en los términos que generalmente se formula. Ni siquiera creo que sea adecuado ni pedagógico determinar una fecha simbólica".

con independencia de una consideración cronológica absoluta.

De esta manera el conocimiento histórico puede ser considerado un útil en sí, una herramienta con valor por sí misma, con independencia de la utilización que de ella se haga. Utilizar es manejar un útil con un fin concreto. Hay que separar, por tanto, el concepto de útil del empleo que del mismo se haga. Como la Física, la Matemática, la Biología, la Astronomía, etc., el estudio de la Historia tiene valor por sí mismo, con independencia del uso, pacífico o agresivo, que de él se haga. Por ello, cuanto más perfecto, cuanto más equilibrado y bien estructurado resulte ese útil, en función de los métodos empleados en su desarrollo, mayores serán las posibilidades de empleo, de utilización.

Se pueden establecer así dos niveles de contemplación de la Historia: a) un nivel abstracto, en el que la Historia se contempla a nivel de estructuras, y b) un nivel de aplicación concreta, en que el conocimiento histórico abstracto se aplica a una situación determinada⁷⁶.

Entendemos que esto último es lo que se viene contemplando en nuestro sistema educativo cuando hablamos de cualquier parcela de la Historia, como puede ser la llamada "Historia Antigua". O sea, en términos renacentistas, contemplar la historia del mundo mediterráneo desde una perspectiva cultural greco-romana, de la que somos herederos, y con una dimensión temporal que abarca, en líneas generales, desde las primeras noticias atinentes al tema en cuestión hasta aproximadamente el siglo V de nuestra era. De todas formas y desde este punto de vista, y sin dejar de contemplar lo antes señalado sobre la inconveniencia de cortes cronológicos y espaciales para una concepción general de la Historia, entendemos que puede ser metodológicamente válido y necesario fijar una porción de la "realidad pasada" para facilitar una mayor profundización del conocimiento.

Contemplada la Historia desde la doble perspectiva de abstracción y concreción, podemos entender que la contemporaneidad a la que como ciencia debe atender, le puede venir por dos vías. Y que la Historia -o porción de la misma- que denominamos Antigua (como cualquier otra) puede atender a esa necesidad de

⁷⁶ Una Historia, en síntesis, se monta sobre tres parámetros fundamentales que le dan corporeidad. La evolución desde la sumisión total a la Naturaleza del hombre primitivo hasta su enfrentamiento con la misma que le lleva, a través del conocimiento, al sometimiento de la Naturaleza, poniéndola así al servicio de uno de sus miembros (el hombre) marca una evolución conceptual que es permanente en todas las sociedades (aunque vivan aisladas entre sí) y da profundidad al sentido de la Historia. No obstante, esta evolución conceptual de la relación Hombre / Naturaleza, que es permanente y en la que se puede observar la ley del continuo progreso (avance) -considerando siempre las diferencias de ritmo de sus distintos componentes, que puede llevar a aparentes retrocesos, que nunca lo son globales sino sectoriales- se ve condicionada por los parámetros del espacio y el tiempo que señalan su concreción. Así, la condición del espacio geográfico -terrenos aluviales, pantanosos, ricos o pobres en metales, en pesca, etc.- influye en el ritmo de desarrollo de las comunidades a que da acogida. De igual modo, el tiempo influye en cuanto que el hecho de que unas comunidades adquieran un desarrollo conceptual -nivel de vida colectiva- superior antes que otras, puede determinar el ritmo de desarrollo de aquellas otras comunidades conceptualmente menos avanzadas con las que entre en contacto y explicar las alteraciones de su comportamiento. Cf. P. Veyne, *Le pain et le cirque. Sociologie historique d'un pluralisme politique*, París, 1976, pp. 11-13.

contemporaneidad en los dos sentidos. Considerada desde un punto de vista estructural, permite comprender la naturaleza de muchas sociedades actuales que viven según parámetros que, para una sociedad industrial avanzada como la nuestra, se pierden en la noche de los tiempos en el desarrollo de nuestra propia evolución. O sea, la "contemporaneidad" de algunas sociedades puede corresponderse con la "antigüedad" de la nuestra. Por otro lado, para una sociedad avanzada, esa profundidad temporal que hace posible el estudio histórico, permite un fuerte "enraizamiento" de dicha sociedad, una solidez cultural armónica que posibilita un mayor equilibrio y una mayor posibilidad de crecimiento hacia el futuro⁷⁷. Desde esta perspectiva tiene pues un valor cohesionador, que arrastra desde sus orígenes míticos, y un valor didáctico, sintetizado en la célebre expresión de Tucídides (I, 22, 4): κτημα τε εσ αιει ("y un bien para siempre").

⁷⁷ Quede claro, por supuesto, que no hay que confundir "sociedad cultural" con "nacionalismo", aunque éste pueda ser una vía de manifestación concreta de aquélla.

LAS FUENTES PARA EL ESTUDIO DE LA HISTORIA DENOMINADA ANTIGUA

Con anterioridad (pp. 15-18) hemos señalado el problema que representa para el historiador fijar el hecho histórico como consecuencia de la imposibilidad material de captarlo en su integridad, dado el carácter irreplicable del mismo, y las dificultades de fijación y veracidad que muestran las fuentes de conocimiento referentes al objeto de estudio. Llamábamos entonces la atención sobre el hecho de que las fuentes literarias y contables, cuando tienen carácter documental, están con frecuencia manipuladas conscientemente en su origen por motivos ideológicos o fiscales⁷⁸. Y también sobre el hecho de que las fuentes literarias no documentales tienen una carga ideológica, normal por lo demás pero que nos resulta a veces difícil delimitar perfectamente por falta de suficientes elementos de contraste en estos momentos que ahora atraen nuestra atención, dado el carácter analfabeto -potencial o real- de las clases populares.

Ciñéndonos ya estrictamente a la etapa cronológica que venimos tradicionalmente denominando como Edad Antigua greco-romana, la más alejada para nosotros de nuestra época actual en cuanto a la presencia de documentación escrita, topamos de inmediato con una serie de problemas que agravan el problema de la seguridad y/o veracidad de las fuentes de datos.

En primer lugar, la información principal, documental o literaria, no nos ha llegado en la mayoría de las ocasiones de forma directa, sino a través de una larga tradición manuscrita en la que se han podido introducir, de forma consciente o inconsciente, variaciones a lo largo del proceso de transmisión. De ahí la importancia de contar con una buena crítica textual que, aun a riesgo de introducir nuevas variaciones a través de correcciones innecesarias, nos permita acercarnos con mayor confianza a la fuente una vez depurada. No vamos a describir aquí la metodología propia del crítico textual⁷⁹, sino simplemente señalar que su labor, si está bien realizada, es fundamental para el historiador de la Antigüedad. Este, evidentemente puede ser él mismo filólogo y actuar como crítico textual, lo mismo que puede ser epigrafista, numismático, arqueólogo, psicólogo o etnólogo, o tocar cualquier otra ciencia que facilite su comprensión del pasado, pues siempre es bueno conocer toda una serie de técnicas auxiliares para captar mejor el hecho histórico. Así, por ejemplo, nuestra formación filológica nos ha sido de gran ayuda para la mejor comprensión de los textos antiguos griegos y latinos. Pero lo que entendemos que debe ser la tarea propia del investigador de la Historia se centra más en la interpretación de las fuentes que en su fijación, aunque con mucha frecuencia los campos no están bien delimitados en la práctica y el historiador ha de intervenir a menudo en dicha fijación de las fuentes. Por otro lado, si bien es cierto que la especialización permite la aparición de frutos más perfectos, no lo es menos que el extremismo en esta postura puede llevar a la esterilización del pensamiento. Creemos por tanto oportuno que el historiador conozca al menos los rudimentos de las técnicas conducentes a la fijación de los datos que ha de manejar para tener

⁷⁸ J. Chesneaux, *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, p.34, señala cómo, junto a la manipulación activa del pasado por parte de los órganos de poder interesados en el control ideológico de una sociedad, se recurre con frecuencia a la ocultación o destrucción de los datos.

⁷⁹ Una buena descripción de la misma la realiza A. Dain en la *Gran Enciclopedia Larousse*, bajo el epígrafe de "crítica textual". Publicado, en edición española, en Barcelona, en 1973.

mayor capacidad de discernimiento sobre la calidad del producto que le ofrece el especialista en cada materia a la que ha de recurrir. No obstante insistimos en que no es esta fijación de las fuentes la tarea propia del historiador, que más bien ha de verse en este sentido subordinado a la tarea de los especialistas que le permiten establecer la calidad de los elementos a utilizar.

Estos elementos han de contemplar necesariamente distintos aspectos de la realidad sujeta a análisis histórico. Pero ¿qué aspectos de la realidad deben ser sometidos a análisis histórico?. La respuesta, si la hay, es difícil. Se suele decir que aquello que es memorable. Y de nuevo cabe la cuestión de qué es realmente memorable y si las necesidades sociales de recuerdo son siempre las mismas. Parece evidente que el investigador de la Historia dispone de una amplia libertad de selección, aunque la demanda social siempre limitará en último extremo esta libertad con la acogida que pueda dispensar a la tarea del descubridor. En pura teoría y en términos de Historia abstracta todos los elementos del pasado, por nimios que sean, son susceptibles de investigación, lo cual supone una tarea ingente en principio y realmente inabarcable, como inabarcable es en principio la comprensión de todos los elementos del espacio existente. Ello supone que el investigador, del espacio o del tiempo, ha de actuar sobre porciones de la realidad previamente seleccionadas, y que lo que distinguirá a una concepción científica, basada en lo universal, de otra que no lo sea estrictamente, será el criterio de selección de la realidad sujeta a análisis. La primera se basará en una selección aleatoria y buscará leyes generales que abarquen las posibilidades de expresión de cualquier muestra examinada, sea ésta cual sea. La segunda buscará explicar una realidad concreta intencionalmente seleccionada con anterioridad, con independencia de si el análisis se ajusta a reglas generales o no. Parece claro que la aplicación de normas científicas generales al estudio de casos concretos puede potenciar las posibilidades de éstos y que la aplicación de conocimientos científicos previos es muy positiva en el desarrollo de una técnica. Aunque no necesariamente los inventos han de seguir el camino de lo teórico a lo práctico. La Historia, en este aspecto, no es una excepción, y vemos cómo durante milenios se ha mostrado como una actividad perfectamente válida sin tener en ningún momento un valor realmente universal, un carácter científico. Lo que no implica que este carácter científico no se pueda alcanzar, y potenciar, con la aplicación de unos principios universalmente válidos, la eficacia social del conocimiento histórico aplicado⁸⁰.

Hechas estas observaciones, señalaremos que las vías o métodos de conocimiento que consideramos indispensables para la labor del investigador de la Historia son las que aproximan a éste a la materialidad de los seres objetos de estudio, a sus mentes y a sus formas de comportamiento, consideradas todas ellas en conjunción.

Diversas ciencias pueden ayudar al historiador a precisar el objeto de su estudio: el ser humano en su consideración social.

⁸⁰ Así por ejemplo, el control de otra sociedad distinta es mucho más factible y con menor riesgo si se conoce en profundidad el funcionamiento de sus estructuras y, sobre todo, si se puede prever con bastantes posibilidades de acierto cuál será su desarrollo previsible al actuar sobre las mismas. Ponemos este ejemplo de acuerdo con lo antes expuesto sobre la tendencia primaria a la expansión que muestra toda sociedad, en un movimiento complejo de defensa e integración.

En primer lugar el historiador ha de contar con las características físicas del hombre que se propone estudiar y del medio ambiente en que se desarrolló. En este sentido las llamadas Ciencias Naturales (geología, botánica, zoología, etc.) vienen en auxilio del investigador con sus estudios sobre la flora y fauna de un lugar (incluido el propio hombre), con un estudio que puede dirigirse a los restos de pólenes, de plantas (o de las huellas dejadas por ellas, como en el caso de Pompeya), de huesos, etc. y que, una vez fechados por medios físico-químicos o dendrológicos, permiten reconstruir un ecosistema que, definido por un estudio paleogeográfico (reconstrucción de la geografía del momento en base a estudios geológicos, estratigráficos, fotografía aérea, etc.), nos puede ayudar a comprender mejor los comportamientos humanos que otras fuentes nos muestran.

Una de esas fuentes que mejor nos muestran la actuación material del hombre es la Arqueología, ciencia que ha experimentado un auge paralelo al de los estudios históricos y que, en su doble acepción de terrestre y subacuática, nos permite observar cómo el hombre se adaptó a su medio en un momento determinado (precisado por los distintos sistemas de datación, absoluta o -lo más frecuente- relativa), cómo le sacó provecho y en base a qué elementos materiales supo organizar su convivencia con sus congéneres y, viceversa, cuáles fueron los resultados materiales de esa vida en común.

A veces los objetos alumbrados por la Arqueología muestran una riqueza semiótica que puede ser variable pero que, en todo caso, nos permiten aproximarnos a la mente de sus autores o receptores. Las representaciones figuradas (susceptibles de un análisis artístico y/o narrativo) y, sobre todo, la simplificación de las mismas que conocemos con el nombre de *escritura*, son en este sentido del mayor interés para el historiador de la Antigüedad. Estos signos, grabados o pintados, que representan conceptos concretos o abstractos, tienen siempre el valor de lo que resulta más inmediato a la época que se desea estudiar, bien porque representen su contemporaneidad o bien porque muestran un interés por la conservación de un pasado que resulta igualmente aclaratorio de una actitud mental concreta. Materia de trabajo para las ciencias epigráfica, papirología y paleográfica, son objeto de atención primaria por parte del lingüista.

Ya hemos apuntado con anterioridad hasta qué punto es importante la labor del lingüista en la fijación de las fuentes textuales. Debemos, no obstante, resaltar que la comprensión de una estructura lingüística nos permite la mayor aproximación posible a la estructura mental del pueblo que utiliza ese determinado sistema de signos para comunicarse. De ahí la necesidad fundamental que tiene todo historiador de conocer lo mejor posible la lengua originaria en que nos ha llegado la transmisión de un concepto o sistema de conceptos⁸¹.

El conocimiento de un sistema lingüístico concreto y de sus variantes dialectales permite detectar los elementos extraños que se han podido introducir en un texto antiguo que se ha transmitido por copia sucesiva a través del tiempo. El *Comercio y mercado de los imperios antiguos*, de K. Polanyi, Barcelona, 1976, p. 78: "Si se trata de una civilización en posesión de la escritura, la forma más adecuada de llegar a la comprensión deseada es estudiar la semántica de palabras claves seleccionadas, en vez de usar categorías modernas de organización como único enfoque".

proceso puede resultar menos complicado si se dispone de distintas familias de copias que si se actúa sobre un único, aunque nunca se obtiene una absoluta seguridad de fiabilidad del texto que se llega a fijar. A veces no es ya la lengua en sí, sino el conocimiento comparado de los conceptos representados en el texto lo que permiten su corrección⁸², y otras veces es simplemente el estilo literario.

No todas las fuentes ofrecen el mismo interés para el historiador, que encuentra unas veces más riqueza en unas que en otras o viceversa, según el fin concreto que se haya propuesto al acercarse a las mismas. Un interés concreto que con frecuencia es simplemente metodológico, en cuanto que muestra mayor preferencia por el estudio de una faceta de la vida humana que por otra. Pero, en sí, todo elemento de juicio es interesante en principio y no puede ser eliminado sin más de manera absoluta por mínimo que resulte. Esto el historiador de la Antigüedad lo sabe bien y debería de convertirse en elemento de reflexión para los especialistas en épocas mejor documentadas. En el campo de los textos escritos un testimonio puede ser valorado por su carácter literario o documental, por ser público o privado, por la concreción o abstracción de los conceptos expresados, etc., pero nunca deja de ser valioso para el conocimiento histórico.

A veces las fuentes textuales y las fuentes arqueológicas o las derivadas del estudio de la naturaleza coinciden, pero otras veces no. Y al investigador se le plantea entonces buscar por qué mecanismos psicológicos, qué tipo de interés ha llevado a esa distorsión de la realidad. La ayuda de la Psicología y de la Psiquiatría pueden resultar útiles en cuanto "enriquecen el instrumental intelectual y ayudan al historiador a plantear mejor los problemas de la conciencia colectiva, de la mentalidad de las masas"⁸³, y por ende sus posibilidades de alteración.

Los estudios de Economía pueden, por su parte, ayudarnos a comprender mejor determinados comportamientos, sobre todo a nivel público, y a valorar determinados elementos o signos de valor, como aquellos que son fijados por los estudios de Numismática. Las monedas, elemento material en principio como otros estudiados por la Arqueología (para la que puede ser un valioso principio de datación o viceversa), representan una convención humana garantizada a nivel público por un sello o cuño y nos sirven por tanto también para adentrarnos en el mundo de las mentalidades, a nivel económico e ideológico⁸⁴. Listas de cuentas relativas a la producción de bienes y datos puntuales recogidos en la documentación mercantil⁸⁵ nos permiten, por comparación, observar las diferencias evolutivas y

⁸² Es, por ejemplo, el caso de la confusión, largamente transmitida, entre $\nu\epsilon\alpha\rho\omicron\varsigma$ y $\nu\epsilon\kappa\rho\omicron\varsigma$ en Mateo, 8, 22, o entre $\kappa\alpha\mu\iota\lambda\omicron\varsigma$ y $\kappa\alpha\mu\eta\lambda\omicron\varsigma$ en 19, 24.

⁸³ J. Chesneaux, *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, pp. 193-194.

⁸⁴ Aparte de su valor intrínseco y su valor nominal -que puede coincidir o no con el anterior- las monedas son con frecuencia un poderoso vehículo de propaganda, sobre todo cuando su uso está muy extendido.

⁸⁵ Las Matemáticas constituyen también un elemento válido para adentrarnos en el mundo de las mentalidades y su evolución hacia la formación de conceptos abstractos que inciden, por distanciamiento, en un mayor control de la Naturaleza. Véase J. Rey Pastor y J. Babini, *Historia de la Matemática*, I, Barcelona, 1984, pp. 14-15. El desarrollo del comercio potenciará los

comprender mejor sistemas administrativos que, tal vez, aparecen reflejados en otro tipo de fuentes textuales, de carácter narrativo o expositivo. Estas, con todo, constituyen casi siempre -pese a los referidos problemas de transmisión- la fuente principal para un conocimiento más completo de las distintas sociedades, y son la principal base de datos para el estudio de los comportamientos.

La aproximación al estudio de los comportamientos humanos, finalmente, se ha visto muy favorecida por el desarrollo alcanzado en los últimos decenios por la Antropología Cultural y la Sociología que, aplicadas a la Historia, permiten una mejor comprensión de los distintos niveles estructurales u horizontes mentales que es posible individualizar.

METODOLOGÍA DE LA DOCENCIA DE LA HISTORIA DENOMINADA ANTIGUA

Dejando a un lado las consideraciones administrativas que nos inducen a hacerlo, entendemos que puede ser metodológicamente válido limitar en sentido espacial y temporal una parte de la Historia que afecta especialmente a la llamada Civilización Occidental para la que constituye en cierto modo un "Mundo Clásico"⁸⁶. La especialización se impone y es bueno que el investigador delimite su campo de acción (incluso mucho más allá de lo que supone la concepción de "Mundo Clásico") siempre que no pierda de vista el conjunto de la Historia de la Humanidad, de la que ha seleccionado conscientemente una parte para su análisis.

La forma de transmitir los datos acumulados por el Historiador y los esquemas conceptuales elaborados por él mismo o tomados de otros colegas ha de ser necesariamente contemplada a la luz de la concepción de Universidad que se tenga. Y la concepción que nosotros tenemos afortunadamente coincide con la que se va generando entre la sociedad española: un centro de tercera enseñanza (está por desarrollar la cuarta), en la que va desapareciendo progresivamente el elitista epíteto de "superior"⁸⁷ y en cuyo ámbito se pueden adquirir unos conocimientos que son válidos en sí mismos para quien los recibe, con independencia del uso que después pueda hacer de ellos.

Si en la enseñanza primaria el alumno recibe toda la información prácticamente del profesor; si en la secundaria esta tarea es compartida entre profesor y alumno, en la terciaria, destinada a personas adultas, deben ser éstas las que desempeñen la tarea fundamental en la búsqueda de la información, y el profesor ha de mostrarle preferentemente los caminos y las técnicas destinadas a la obtención de la misma. Pero sobre todo entendemos que la labor del docente universitario ha de ser la de mostrar al discente las posibilidades de análisis que los datos ofrecen y entablar un diálogo con el mismo que, si está bien enfocado, ha de redundar necesariamente en la mejor formación del profesor (que se verá espolado a buscar mayor información y a renovar sus esquemas de pensamiento con las posibilidades de nuevos enfoques que suelen surgir de estos diálogos). Debemos tener en cuenta que, si el proceso de formación del alumno ha sido con anterioridad correcto, éste recibe -como en el aprendizaje de la lengua materna-, una base de conocimientos elaborada superior a la que, en circunstancias normales, pudo recibir su profesor, por lo que al trabajar sobre ella puede, y debe, alcanzar un nivel de conocimientos proporcionalmente superior. De hecho entendemos que sólo se puede considerar buen profesor a aquel que, una vez llegado a los máximos límites de conocimiento que sus facultades le permiten alcanzar, es superado por sus propios alumnos.

Es fácil llegar a la conclusión de que este carácter estructuralmente progresivo de la enseñanza-aprendizaje sólo es entendible con un avance gradual de lo más simple a lo más complicado.

⁸⁶ Es curioso notar que este "Mundo Clásico" tiene a su vez su propia "época clásica".

⁸⁷ Entendemos que ese término no es meramente descriptivo de una última etapa en la formación de un individuo, sino que implica unas connotaciones de clase propias de una mentalidad preindustrial, cuando el tiempo libre, la σχολη, era un patrimonio exclusivo de la aristocracia, como lo era la formación que aquella σχολη o escuela posibilitaba y que justificaba la dirección y dominación permanentes. Es en base a esta estimación por lo que lo estimamos inadecuado. Véase lo dicho sobre el concepto de "libertad" en p. 28.

Entendemos que hay que comenzar siempre ofreciendo esquemas estructuralmente simples y luego ir mostrando su complejidad interna (y sobre todo sus posibilidades de complicación) en un segundo período de ejemplificación -lo más amplia posible- con datos concretos. Naturalmente este segundo período ha sido anterior en el análisis -realizado previamente- al esquema ofrecido. Se trata de ver en qué medida los esquemas de comprensión formulados son válidos y en qué medida perfeccionables, incitando continuamente al alumno a lanzarse a esta última tarea de perfeccionamiento e incluso de sustitución de los esquemas mentales propuestos como herramienta de trabajo. Al final del proceso de enseñanza el alumno debe estar en disposición de preparar sus propios esquemas de trabajo para reiniciar un nuevo ciclo docente -que no necesariamente ha de ser institucional- en el que el discente de ayer pueda transmitir sus conocimientos a otras personas con cierta soltura⁸⁸.

El profesor no debe señalar límites al saber aduciendo que es esto y no aquello lo que precisa la sociedad. Hay que dejar abiertas las fronteras, permitir el nacimiento de ideas que vayan más allá de los límites culturales impuestos⁸⁹ por un horizonte mental determinado⁹⁰. Hay que asumir el riesgo de la contracultura, que hace incómoda la postura de quien la consiente o alienta, pero que es realmente fructífera para la posible apertura de nuevos horizontes -paradójicamente- en la racionalidad científica⁹¹. El único límite debe estar en el rigor, no en la conveniencia. Desgraciadamente esto choca con frecuencia con el carácter funcional de la profesión docente e investigadora, que exige (mediante forzoso compromiso jurado escrito) la sumisión absoluta a las normas generales establecidas⁹². Todo respeto a

⁸⁸ M.I. Finley, "El legado de Isócrates", en *Uso y abuso de la historia*, p. 325.

⁸⁹ Ver M.I. Finley, art.cit., p. 321.

⁹⁰ J. C. Bermejo Barrera, *Psicoanálisis del conocimiento histórico*, Madrid, 1983, pp. 172-174.

⁹¹ Lo que hoy es sentimiento religioso y/o visionario en los movimientos contraculturales surgidos -como era lógico por demás- en el desarrollo de la sociedad industrial de los años 60, no se diferencia en gran manera de lo que ha ocurrido en otras épocas de la Historia en los momentos de crisis de un sistema, cuando un horizonte mental resulta agobiante y hay que buscar el establecimiento de otro. Y en todos los casos ese sentimiento (o presentimiento) de unos nuevos límites de convivencia ha terminado siendo complementado por un movimiento racional hacia esos mismos nuevos límites. La Universidad, si quiere sentirse viva, no ha de mirar hoy hacia unos límites ya superados como si fueran un objetivo. Ha de tenerlos presentes como un punto de partida, pero es ineludible la búsqueda de esos nuevos horizontes que nuestra juventud actual (escéptica y despolitizada en nuestro marco de convivencia) presiente. De la Universidad han de salir nuevas ideas para la conformación de nuevos horizontes más amplios. Descubierta el camino, éstos se formarán solos; incluso contra los deseos del ideólogo. Piénsese en el caso de Marx y su función como encauzador de las nuevas realidades sociales. Hoy parece inconcebible un capitalismo liberal sin sindicatos como medio de encuadramiento y control de la población productora simple.

⁹² Una de las características fundamentales del poder es su capacidad de control, que es lo que garantiza su supervivencia. El deseo de controlar el conocimiento del pasado que muestran todos los poderes estatales (políticos, religiosos, etc.) no hace sino poner de manifiesto la importancia que se considera que la Historia tiene para una comunidad, en cuanto elemento vertebrador y musculador, a nivel ideológico, de la misma. (Véase lo expuesto por P. Bertaux

las normas debe tener un límite; límite que se ha de procurar alcanzar para, a partir de ahí, crear nuevas normas sustitutivas. Y eso sólo se consigue con el conocimiento pleno de las normas científicas establecidas, y, a partir de ahí, de sus posibilidades de perfeccionamiento. La Universidad no ha de ser prioritariamente un centro de amaestramiento, de control de las mentalidades, sino una sede donde el pensamiento florezca libre y en el marco de libertad respetuosa con los pensamientos de los demás⁹³.

Libertad de pensamiento, repetimos, no ha de ser en modo alguno sinónimo de falta de rigor y de método. De acuerdo con lo que hemos expuesto al hablar del carácter gradual de la enseñanza de la Historia, entendemos que se ha de ir de lo general a lo zonal, para llegar finalmente al análisis de lo más particularizado. Una actitud que no está en absoluto en contradicción con lo que hemos dicho al hablar del carácter gradual de la enseñanza de la Historia. Por el contrario, no es sino el fruto de aplicar los principios generales de la actividad educadora humana tradicional, que transmite unos conocimientos generales, obtenidos durante generaciones por acumulación y análisis de los datos particulares, con vistas a que sirvan de base para una nueva y mayor profundización posterior en los temas particulares, de acuerdo con unas ideas previamente adquiridas que son susceptibles de perfeccionamiento⁹⁴.

Estas son en síntesis las teorías que sobre concepto y metodología para el estudio y la docencia de la Historia –basadas en nuestra reflexión y en nuestra experiencia como profesor en la Universidad española- hemos querido exponer a la opinión pública en un deseo de contrastar opiniones y, en la medida de lo posible, aportar alguna luz al conocimiento de este elemento fundamental en el componente ideológico de una sociedad humana que denominamos Historia.

40

en *Africa. Desde la prehistoria hasta los Estados actuales*, Madrid, 1973, 2 ed., p. 20: "Los conquistadores peules [en el actual Senegal] se ocuparon cuidadosamente en el siglo XIX de destruir las crónicas que contaban la historia de sus predecesores. Sabían, igual que los romanos, lo que hacían. El fruto de la victoria es escribir la historia"). El poder tiende a ser conservador del mismo modo que el deseo de conocer lleva necesariamente a la innovación. Ambas actitudes son lógicas en una sociedad establecida y constituyen un punto más en la tensión de cualquier organismo social (a nivel mental, en este caso) que puede conocer períodos de armonía (clásicos) o de crisis.

⁹³ O sea, debería ser la negación de aquella exclamación de " Viva la libertad de pensamiento, y muera quien no piense como yo!". Desgraciadamente, en muchos casos no es así.

⁹⁴ Este sistema de aprendizaje no es particular de la formación histórica, sino que se da de forma que podríamos llamar natural (sin planteamiento previo) en toda comunidad humana que posee signos de comunicación (lengua): se enseña un sistema de ideas generales a través del código lingüístico y posteriormente el individuo discente va profundizando en los significados o contenidos y sus posibilidades de expansión.